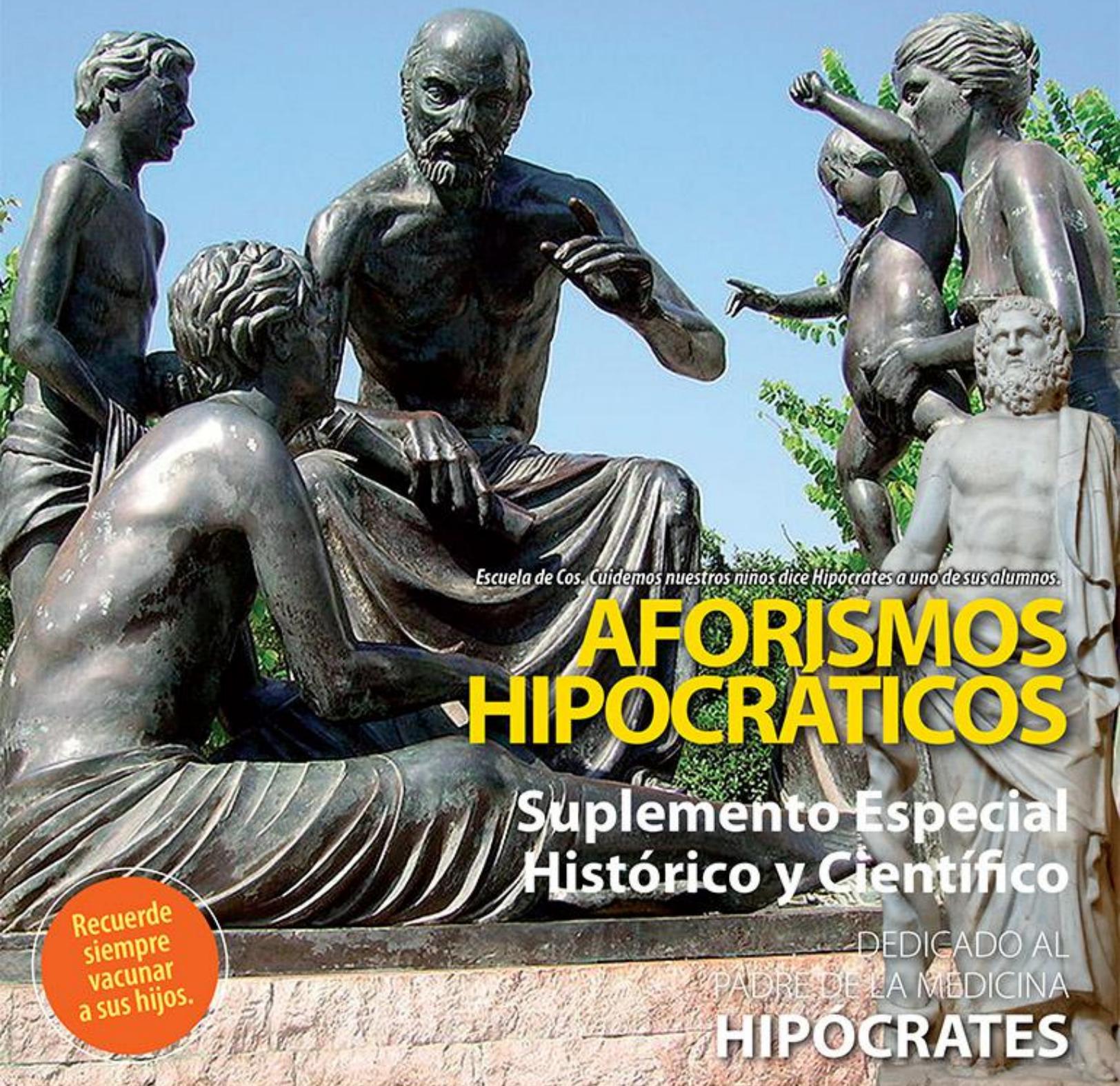




# HONDURAS PEDIÁTRICA

ISSN 0018-4535

VOLUMEN XXIX - Diciembre 2013



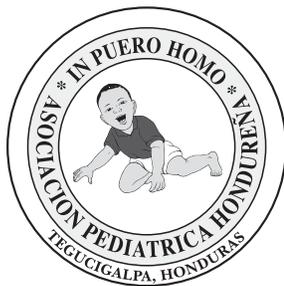
*Escuela de Cos. Cuidemos nuestros niños dice Hipócrates a uno de sus alumnos.*

## AFORISMOS HIPOCRATICOS

Suplemento Especial  
Histórico y Científico

DEDICADO AL  
PADRE DE LA MEDICINA  
**HIPOCRATES**

Recuerde  
siempre  
vacunar  
a sus hijos.



# HONDURAS PEDIÁTRICA

PUBLICACIÓN CIENTÍFICA DE LA ASOCIACIÓN PEDIÁTRICA HONDUREÑA, TEGUCIGALPA M.D.C., HONDURAS C.A.

VOLUMEN XXIX

SUPLEMENTO ESPECIAL

Diciembre - 2013

## DIRECTOR COMITÉ EDITORIAL

Dr. Carlos Rivera Williams

## CONSEJO EDITORIAL

Dr. Mario Rafael Castillo Cantarero

Dra. Ingrid Carolina Arambú Elvir

Dr. Luis Carlos Hernández Motiño

Dra. Mirza Yamileth Lara Castillo

Dra. Karen Iveth Girón Cáliz

Dr. Ramón Humberto Alvarenga Calidonio

Dr. Sandra Melissa Ramos Rodríguez

Tel./Fax: (504) 2239-0484

E-mail: [aspehon@yahoo.com](mailto:aspehon@yahoo.com)

[aspehon@hotmail.com](mailto:aspehon@hotmail.com)

Apartado Postal 3212

Tegucigalpa, M.D.C. Honduras, C.A.

Indexada

[www.bvs.hn](http://www.bvs.hn)

[www.pediatricahonduras.org](http://www.pediatricahonduras.org)

## CONTENIDO

### I. EDITORIAL

Hipócrates

Dr. Carlos Rivera Williams

3

Aniversario 60 de la Revista Honduras PEDIATRIA

4

Prólogo

5

Hipócrates, Padre de la Medicina

7

Juramento Hipocrático

11

### AFORISMOS HIPOCRÁTICOS

Parte Primera

12

Parte Segunda

14

Parte Tercera

17

Parte Cuarta

20

Parte Quinta

24

Parte Sexta

28

Parte Séptima

30

Parte Octava

33

### ÉTICA MÉDICA EN LA ROMA CLÁSICA

35

Cronología de esa época histórica (10,000-20,000a.C.).36

El médico se llama Galeno

37

La ética médica a través de la historia

39

## ANIVERSARIO 50 DE LA REVISTA HONDURAS PEDIATRICA

Dr. Manuel Armando Paredes

Pediatra Ex-Presidente de la Asociación Pediátrica Hondureña y ex-Director de la Revista

En este año del 2013, Está cumpliendo 50 años de fundación nuestra Revista Honduras pediátrica, cuyo fundador y director fue por muchos años, el Dr., Luis Barahona, Jefe de la sala de niños tuberculosos del Hospital General San Felipe y profesor de la Escuela de Medicina, contando con el apoyo financiero del Patronato nacional de la Infancia. En su primer número se destaca el trabajo titulado "El Niño con Cáncer", cuyos autores son el Dr., Carlos Delgado, El Dr. J. Medina Nolasco y El Patólogo Raúl Duron , el trabajo sobre efemérides del Patronato Nacional de la Infancia por el Dr. Carlos Rivera Williams. Nuestra revista junto con la Revista Médica Hondureña son las dos únicas Revistas que se han publicado ininterrumpidamente. Felicitamos a su consejo editorial.

También felicitamos al grupo de médicos que fundaron la sociedad de escritores e historiadores médicos que fue creada en ese mismo año y cuyo Presidente fue el Dr. Carlos Rivera Williams acompañándolo en la vicepresidencia el Dr. Alfredo León Gomes en la Secretaria el Dr. Porfirio Sánchez y en la Fiscalía el Dr. Edgardo Alonzo, además el Dr. Rafael Tercero en la Vocalía y el Dr. Enrique Aquilar Paz en la Tesorería.

Los puntos claves para la Fundación de la Revista son 2:

- 1- En primer lugar la creación de la Secretaría de Estado en los Despachos de Sanidad y Beneficiencia asignándole la Dirección de la Lotería Nacional.
2. En segundo lugar la creación en 1957 del Patronato Nacional de la Infancia por Decreto No. 115. Esto permite la utilización de fondos para la Niñez Hondureña para la construcción del

Hospital Materno Infantil y para la publicación de la revista que nace por idea del Dr. Barahona quien fue su primer Director.

En la primera revista del Volumen No.1 aparecen trabajos del Dr. Carlos Delgado y del Dr. Luis Barahona y del Dr. Aguilar Paz.

En el volumen No.2 hay diversos trabajos del Dr. Alberto bendeck.

En el volumen No. 5 aparece un trabajo de investigación presentado por el Dr. Rivera Williams en el XII Congreso Internacional de Pediatría de 1968 que se hace acreedor a un premio por investigación.

DICIEMBRE 7, 1968

### CONSTANCIA

A QUIEN CORRESPONDA:

POR MEDIO DE LA PRESENTE HACEMOS CONSTAR QUE EL TRABAJO DEL DOCTOR CARLOS RIVERA WILLIAMS DE LA REPUBLICA DE HONDURAS INTITULADO "EPIDEMIA DE POLIOMIELITIS DE 1965, SE HA HECHO ACREEDOR AL HONORIFICO PRIMER LUGAR EN LA CATEGORIA DE TRABAJO DE INVESTIGACION DE CAMPO.

MOTIVO POR EL CUAL EXTENDEMOS LA PRESENTE CONSTANCIA DE HONOR.

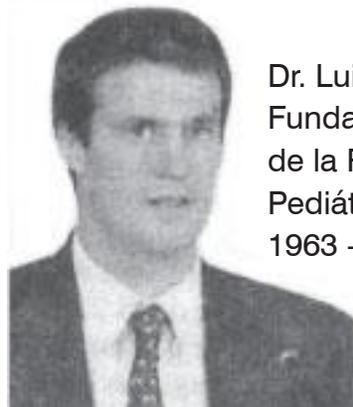
POR EL COMITÉ ORGANIZADOR.

XII CONGRESO INTERNACIONAL DE PEDIATRIA.

PROF. LAZARO REBOVIES  
PRESIDENTE

PROF. JESUS VAREZ DE LOS COCOS  
TESORERO

Socio Activo y Delegado Oficial de Honduras



**Dr. Luis Barahona**  
Fundador y Primer Director  
de la Revista Honduras  
Pediátrica  
1963 - 2013

## EDITORIAL

**E**n la celebración del quinto Congreso Mesoamericano de Pediatría celebrado en Tegucigalpa en Septiembre del año 2013 se habló varias veces sobre las necesidades de actualizar a nuestros médicos en algunos aspectos culturales que hemos dejado abandonados. Uno de ellos es lo referente a “Hipócrates” llamado el Padre de la medicina nacido entre 300 – 400 años AC y que fundo la primera escuela de medicina formal en la Isla de Cos. Hace algunos años me toco asistir al congreso mundial de pediatría en Atenas y aproveche para ir a la Isla de Cos situada frente a la Costa Asiática del mar Ageo. Ahí pude ver los cientos de turistas que acuden al templo llamado Asclepiom donde daba sus clases Hipócrates y también el famoso árbol de Higuera bajo cuya sombra el maestro se reunía con sus discípulos. Cabe señalar que allí coinciden médicos de todas las nacionalidades y religiones como por ejemplo Japoneses, Hindúes, Chinos, Norte Americanos y por supuesto latinos.

Sabemos que las escuelas filosóficas, Pitagóricas y Jónicas centraban sus discusiones sobre la naturaleza inanimada mientras que los Hipocráticos se ocuparon por primera vez de los fenómenos en los seres vivos formando la enseñanza en la Escuela de Cos comenzando así la leyenda de este personaje mítico con razón dice uno de sus biógrafos el Dr. Sigerist “lo que Hipócrates fue en realidad es totalmente irrelevante”. Lo importante es en lo que él

se convirtió, ganando en grandeza lo que pierde en claridad. Ya en la antigüedad llevo a ser el medico ideal, la personificación perfecta de una determinada conducta, la del médico que como se lee en el juramento conservo límpidos y santos su vida y su arte creando de paso sin quererlo el concepto de ética médica.

Todo lo que escribió (cincuenta y nueve libros conocidos como el corpus Hippocraticum) constituye una verdadera enciclopedia del saber médico de la antigüedad. Cuando en 1526 la colección fue impresa por el célebre editor Veneciano Aldo Manucio, los más antiguos que servían como base a esta primera edición moderna no remontaba más allá del siglo X DC. Estos manuscritos se conservan aún, si bien todos los anteriores se perdieron.

La base teórica de la escuela de Cos que podríamos llamar “método inductivo” consistía en estudiar minuciosamente los síntomas, llevar registros de ellos y reunir un caudal de observaciones lo suficientemente grande como para permitir la exclusión de lo accidental y reconocimiento de lo general. De esta forma lograban obtener conclusiones bastante aproximadas sobre el comportamiento de las enfermedades la terapéutica más conveniente, y el pronóstico no solamente favorable o desfavorable del curso final de las dolencias, sino también de sus días críticos y de su posible duración.

La observación del paciente sin preconceptos previos y la atención puesta más en el enfermo que en la enfermedad, como entidad de conocimiento, fueron la premisa fundamental para el desarrollo del método el cual señalaba que la salud dependía de la justa distribución de los cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego que se coordinan con los cuatro humores del organismo: sangre, flema, bilis y atrabilis o bilis negra de su equilibrio dependía la salud que se denominaba "eucrasia" la ruptura de esta armonía se llamaba "discrasia".

Pero lo más importante para los médicos de

Cos y también para nosotros los modernos, residía en que todo el examen tendía no tanto a diagnosticar una enfermedad y encasillaba al paciente en un diagnóstico sino a observar al enfermo y a llegar a un exacto conocimiento de cómo el paciente sufría o sobrellevaba su dolencia es decir eran expertos en el **pronóstico del enfermo**.

Todo lo anterior consiste en un apretado resumen de lo que fue la primera escuela de medicina a nivel mundial y todos los miembros de la Asociación Pediátrica Hondureña nos sentimos orgullosos del "Padre Hipócrates".

#### LA MEDICINA SUMERIA, CALDEA, ASIRÍA Y BABILÓNICA

La zona geográfica comprendida y regada por los grandes ríos Tigris y Eufrates llamada Mesopotamia que significa tierra entre ríos, aparece, 4.000 años a. C., a la luz de la historia, estaba habitada por un pueblo no semita: los sumerios. La capital, Ur, estaba situada a orillas del Eufrates y resulto ser la patria de Abraham, razón por la cual aparece citada en la Biblia. A mediados del tercer milenio el reino semita de los sumerios se fusionó con el vecino reino semita de los acadios. Sumer y Acadia se perdieron como entidades políticas hacia el año 2000 a. C., y el país con su perfeccionada civilización pasó a depender de otras naciones. En el sur se establecieron los caldeos, cuya ciudad más importante, Babilonia, fue la metrópolis más populosa de esa región, y en el norte formando su imperio los asirios, que tuvieron su primera capital en Azur, y más tarde en Ninive. Con los lógicos matices que marcan sus diferencias, la cultura originada en Sumer fue adoptada y desarrollada por los pueblos que le sucedieron en la historia mesopotámica, y ejerció una poderosa

influencia también en las civilizaciones posteriores. A través de esa influencia sobre los griegos, judíos y pueblos semitas del Cercano Oriente en general, algunos de los rasgos culturales mesopotámicos han perdurado hasta nuestros días.

#### La medicina egipcia o Nilica

Bastante mejor que la civilización de la Mesopotamia conocemos la que desarrollo el Egipto. Desde la época del rey Menes, fundador hacia el 3500 a. C. de la primera dinastía, poseemos documentos escritos. A partir de la cuarta dinastía (con la que se inicia la construcción de las grandes pirámides), los escritos de todo tipo se vuelven mas numerosos y siguen en una cadena casi ininterrumpida. El papiro de Ebers señala lo bien organizada de la medicina tanto Egipcia como Babilonica. También el historiador Herodoto habla de la diversidad de plantas en ambas civilizaciones.

## PRÓLOGO

Las tradiciones homéricas señalaban el inicio de la historia de Grecia en forma legendaria, mas allá del año 776 a. de C., fecha de la Primera Olimpiada, sin embargo, puede decirse que fue gracias a los descubrimientos de Heinrich Schliemann y Arthur Evans, explorando Micenas, Troya y Cnosos, los que revelaron los vestigios de una civilización, que fue la última fase de la edad de bronce de las culturas aqueas y que cruzaron el umbral de la historia entre 1,400 y 1,200 años A. de C.

Las primeras corrientes migratorias estaban ligadas con la aparición en tierra firme de los pueblos que Homero llamó aqueos y posteriormente a los pueblos que se asentaron tanto en las costas occidentales de la actual Turquía, así como en el archipiélago que esta frente a éstas, a los que se conoce como emigración jonia, quizá de isla en isla y mezclándose con los primitivos pobladores de éstas, se logró paulatinamente su unidad cultural.

En las islas griegas fue donde pudo recogerse y aun ampliarse este conocimiento durante el período prehelénico, sólo en época relativamente reciente, ha podido establecerse claramente la importancia de la civilización minoica. La cretense, era una raza de orígenes oscuros que tenía su metrópoli en Creta, y los hermosos frescos y la estatuaria que adornaban el palacio de Cnosos, muestran un arte muy avanzado, lamentablemente no se tienen datos de la medicina de esa época que se extiende del año 4000 al 2000 A. de C., pero la serpiente, símbolo del arte de curar, se halla representada en las estatuas. Muchas inscripciones permanecen todavía sin descifrar, por lo que es de esperar que en el porvenir se aclare cual era el nivel de la medicina en la civilización cretense.



Hipócrates sosteniendo la vara de Esculapio  
(Dios de la Medicina, Hijo de jupiter)

Parte de lo que se conoce de los cretenses es, a través de sus leyendas, la dinastía más prominente llamada de Minos. Estos pueblos navegantes habían gozado de gran prestigio entre los pueblos costeros, por sus habilidades marineras y sus prescripciones médicas; conocidas en Egipto con el nombre de "Kefti" o pueblos de mar, se identifican actualmente como cretenses. El interés de los jónicos, pitagóricos y atomistas se centró sobre los fenómenos de la naturaleza dejando a un lado todo lo atinente al ser humano, es decir al humanismo. Sin embargo, con Hipócrates y los socráticos encontramos un ejemplo significativo de como los principios generales de esta última corriente de ideas penetraron en la medicina formando la enseñanza de la escuela de Cos.

"Conócete a ti mismo", el principio fundamental de Sócrates los guía hacia el interior del ser humano.

Los acontecimientos del mundo material, cualesquiera que sean, son accesibles a una explicación racional: ésta fue la premisa adoptada tanto por los jónicos como por los pitagóricos. “Nada ocurre sin causa y sin necesidad”, proclaman los atomistas, agregando al racionalismo jónico-pitagórico la convicción determinista; es decir, la fe en la validez inquebrantable del principio causal en la naturaleza. Esta doble tendencia racional y determinista es la que se introduce con Hipócrates en la medicina. Expulsa lo mágico y lo sobrenatural, admitiendo que las enfermedades sólo dependen de causas racionales, susceptibles de ser descubiertas por la observación de los pacientes. Tales son los postulados previos del gran maestro de la escuela de Cos.

El cuerpo hipocrático. Su sapiencia cristalizada en los escritos que se conocen con el nombre de “Corpus Hippocraticum”. Quizás no todos los escritos conocidos bajo este rubro hayan correspondido justamente a la inspiración del propio Hipócrates.

Muchos de sus escritos fueron, sin duda, traducidos a diferentes idiomas, algunos de ellos han llegado a nuestros días bien traducidos del latín, o a través del árabe y posteriormente vertidos al latín.

Las bibliotecas del estado de Viena, la Nacional de Paris, la Vaticana y la Laurenciana tienen un gran número de documentos que pueden ser atribuidos a Hipócrates, los originales fueron escritos en dialecto jónico, el idioma literario de aquella época.

Dentro de la colección de los llamados escritos hipocráticos se encuentran mas de ciento treinta y tantos, algunos estudiosos opinan, que se pueden identificar como hipocráticos cerca de setenta y dos, el material de sus historias clínicas aumentó notablemente la suma de conocimientos médicos y agregó a la

terminología médica conocida, palabras como crónico, exacerbación, recidiva, resolución, crisis, paroxismo y convalecencia.

Hipócrates reunió la colección más interesante de historias de los casos clínicos como nadie lo había logrado antes; en el libro de las epidemias describió el proceso de las enfermedades con riguroso espíritu científico. Describió la neumonía, pleuresía, tuberculosis y el paludismo. En el tratado de los aires, aguas y lugares, apareció el primer estudio sobre salud pública y geomédica, la primera descripción sobre litiasis renal y las primeras aportaciones sobre la impotencia sexual. Sus escritos sobre enfermedades infantiles, lesiones de la cabeza, fracturas y articulaciones, figuran como obras ejemplares y sus aforismos y preceptos parecen ser el resultado del humanismo que caracterizó a tantos preclaros griegos de su época, enriquecidos por una sólida experiencia.

Es particularmente famoso el libro de los aforismos, que aun en la edad media se le consideró como uno de los textos más famosos, junto con el de las epidemias y el del pronóstico. Como verá el lector, en los aforismos se encuentra un resumen de la experiencia del gran maestro tanto en lo que respecta a observación como a síntomas, diagnóstico y pronóstico del paciente.

También se encuentra en la misma gran enseñanza sobre ética y moral sintetizada en el juramento hipocrático.

Deseamos que este libro también sirva a la generación de estudiantes y médicos modernos, tal es nuestro deseo.

Hay también algunos otros libros que se han atribuido a Hipócrates, sin embargo se cree que escritores posthipocráticos fueron los autores de libros tales como: el del morbo sacro, el de la alimentación, el de la dieta salubre, el de los sueños, el de los vientos y el de la naturaleza del hombre.

## Hipócrates, Padre de la Medicina.

En el mundo antiguo sólo hay una trilogía, **Sócrates**, **Platón** y **Aristóteles**, que han ejercido una influencia tan durable como la de Hipócrates, y no hay más que otros dos Pitágoras y Arquímedes, cuya intervención en una ciencia particular hayan sido tan notables como la suya. Comencemos por ubicarlo en el tiempo.

Hipócrates nació en Cos probablemente en el año 468 a. C; vale decir que resulta contemporáneo de los filósofos **Demócrito** y **Sócrates** y del joven **Platón**, del escultor **Fidias**, de los grandes dramaturgos **Esquilo**, **Sófocles**, y **Eurípides**, del comediógrafo **Aristófanes**, del historiador **Tucidides** y del político **Pericles** cuyo nombre denomina siglo de Pericles al gran florecimiento de las artes y ciencias en toda Grecia en especial Atenas.

Su lugar de nacimiento era una pequeña isla en la costa asiática del Egeo y en su familia había varios médicos, incluso su padre. Sobre su vida poco sabemos. Se supone que fue iniciado en el arte de curar por su padre, y luego de adquirir su formación básica siguió el destino común de los médicos griegos de hacerse itinerantes, ofreciendo sus servicios de ciudad en ciudad. Hay pruebas de su paso por Tracia, Abdera, Delos, Tasos, Atenas y otros lugares. Murió en el año 377 dejando muchos discípulos, entre los que figuran sus hijos **Teslo** y **Dracon** y su yerno **Polibio**.

Estos pocos datos son prácticamente todo cuanto se sabe de su vida. Pero aun cuando ellos sean verdaderamente escasos, difícilmente podría ser exagerado el valor moral que se adjudica a su personalidad; ganando en grandeza lo que pierde en claridad, Hipócrates será siempre el arquetipo del perfecto médico.

Con razón dice uno de sus biógrafos, Sigerist, que fundó el primer museo de la historia de la medicina en Viena "Lo que Hipócrates fue en realidad es totalmente indiferente. Lo importante es lo que él representó. Ya en la antigüedad llegó a ser el médico ideal, la personificación perfecta de una determinada conducta, la del médico que, como se lee en el juramento, conservó límpidos y santos su vida y su arte".

Nuestro conocimiento no sólo es escaso en cuanto a la personalidad del maestro, sino también dudoso en cuanto al origen de los escritos que llevan su nombre. Estos fueron reunidos en el siglo III antes de Cristo en la celeberrima biblioteca de Alejandría, donde formaron la monumental colección conocida actualmente bajo la denominación de **Corpus Hippocraticum**, que con sus 59 tratados constituye una verdadera enciclopedia del saber médico de la Antigüedad. Cuando en 1526 la colección fue impresa por el célebre editor veneciano Aldo Manucio, los más antiguos manuscritos que servían como base a esta primera edición moderna nos remontaban más allá del siglo X después de Cristo. Estos manuscritos se conservan aun, si bien todos los anteriores se perdieron. En tales circunstancias resulta evidente que muchos de los tratados contenidos en la colección no deben de pertenecer al maestro sino a otros miembros de su escuela, y algunos pueden resultar completamente apócrifos. Cabe entonces preguntarse: ¿Cuales son auténticos entre los escritos hipocráticos? Pero quizás el problema así planteado carezca de importancia. Lo relevante es que en estos escritos, cuyos autores vivieron hace unos 23 siglos, aparecen problemas médicos expuestos con un espíritu y un método que aun hoy son aceptables en muchos aspectos.

Veamos entonces la base teórica de la escuela de Cos. Pese a las limitaciones de su técnica, los hipocráticos disponían de un método como factor decisivo de sus éxitos. Este método, que hoy denominaríamos inductivo, consistía en estudiar minuciosamente los síntomas, llevar registro de ellos y reunir un caudal de observaciones lo suficientemente grande como para permitir la exclusión de lo accidental y el reconocimiento de lo general. De esta forma lograban obtener conclusiones bastante aproximadas sobre el comportamiento de las enfermedades, la terapéutica más conveniente, y el pronóstico no solamente favorable o desfavorable del curso final de las dolencias, sino también de sus días críticos y de su posible duración. La estricta observación del paciente y la atención puesta más en el enfermo que en la enfermedad, como entidad de conocimiento, fueron la clave de su método y premisas fundamentales para el desarrollo de su escuela y de sus médicos más representativos.

Aceptando y elaborando las ideas de **Empédocles**, los hipocráticos admitían que la condición fundamental de la vida es el calor congénito, que localizaban en el ventrículo izquierdo del corazón y del que suponían estar constantemente refrescado por el aire inspirado. Admitían que la cantidad de calor congénito es mayor en la juventud, para pasar a ser constante en la madurez, disminuir en la ancianidad y desaparecer en la muerte. Bajo la influencia del calor intrínseco se producían, a expensas de los humores (o líquidos orgánicos), las partes sólidas del cuerpo. A su vez los humores se iban renovando a expensas del alimento.

La salud dependía de la justa distribución de los cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego, que se coordinan con los cuatro humores del organismo: sangre, flema, bilis, y atrabilis o bilis negra (como denominaron la sangre del bazo, que consideraron como un líquido

orgánico distinto). Del equilibrio de los humores y de sus respectivas cualidades (caliente-frío, húmedo- seco) dependía el buen funcionamiento orgánico, y llamaron a esta mezcla "eucrasia". La ruptura de esta armonía (las "discrasias") podía ser producida por diversos factores que entonces pasaron a ser considerados como causas de enfermedad: defectos en el modo de vivir, aire, viento, aguas malsanas, miasmas, evaporaciones insalubres, defectos en el clima y venenos.

También existían causas de discrasias producidas en el mismo organismo: retención de secreciones o incluso motivos psíquicos como las preocupaciones y los pesares. Con admirable clarividencia los hipocráticos aceptaron que la predisposición a una desfavorable mezcla hormonal puede ser transmitida de padres a hijos, reconociendo las enfermedades y diátesis hereditarias.

El exceso o defecto de los humores era la causa de la materia morbosa, frente a la cual el organismo responde procurando restablecer el equilibrio por su propia fuerza, que es justamente la única fuerza poseedora de la capacidad de curar. El mecanismo de esta reacción sería entonces el siguiente: el calor intrínseco efectúa una cocción (o "pepsis") de la materia morbosa hasta que esta deja de ser nociva. La escoria no cocida es a su vez eliminada al exterior por las heces, orina, sudor, expectoración, etc., en lo que constituye la "crisis".

Así pues, toda enfermedad pasa por las fases sucesivas de discrasia, pepsis y crisis, pero puede no superarse la pepsis y tener entonces una evolución desfavorable.

Bajo el hecho revelado por la observación de que ciertas enfermedades presentan un desarrollo cronológico típico, y siguiendo el influjo pitagórico de los números como esencia de las cosas, los hipocráticos desarrollaron la doctrina de los días críticos. La

secuencia temporal fue tan grande que, si se producía el descenso de la fiebre en un día diferente, se pronosticaba una recaída o una complicación. La frecuente observación de las fiebres palúdicas, con su característica recurrencia cada tantos días fijos, era un gran argumento a favor de la constancia de los días críticos.

Puesto que la naturaleza por su propia e intrínseca tendencia procura restablecer el equilibrio, se señala que la tarea principal del médico es ayudarla en su lucha favoreciendo la pepsis y la crisis.

Pero, pese a su importancia, no fueron estas teorías especulativas las que aseguraron la superioridad de los hipocráticos sobre sus contemporáneos. Tales características se deben buscar más bien en su arte diagnóstico y en los principios de su pronóstico y terapéutica.

Para formular un diagnóstico de estado y dolencia de sus pacientes, los médicos de la escuela de Cos observaban cuidadosamente el estado general del enfermo, desde su posición en la cama hasta su predisposición de ánimo.

Mediante la palpación comprobaban la sensación dolorosa a la presión, observaban el pulso y la temperatura. Inspeccionaban el color de la piel, las secreciones y los conductos como el vaginal y el auditivo. Y lo que aun es mas, en las enfermedades de la cavidad torácica llegaron a aplicar su oído al tórax dando valor a los ruidos, roces y estertores. En suma, se puede afirmar que los pasos dados por un médico contemporáneo para el examen de sus pacientes (interrogatorio, inspección, palpación y auscultación) se encontraban ya en embrión en la técnica de los hipocráticos.

Numerosas inscripciones semiológicas se encuentran en las obras de Hipócrates como frutos de la observación de esta escuela: un

tipo especial de color y forma de la cara llamado facies hipocrática, los dedos en palillo de tambor también llamados hipocráticos, un signo auscultatorio del derrame pleural conocido como "sucusión hipocrática", el ritmo respiratorio que en la medicina moderna se designa como de Cheyne-Stokes, etc. Pero lo más importante para los médicos de la escuela de Cos, y tal vez también para los modernos, residía en que todo el examen tendía no tanto a diagnosticar una enfermedad y encasillar al paciente en un diagnóstico, sino a observar al enfermo y a llegar a un exacto conocimiento de cómo el paciente sufría o sobrellevaba su dolencia.

Los pronósticos es el título de uno de los libros del Corpus. Sólo sabiendo hacer pronósticos, se afirma en él y se conquista la confianza del paciente. Es aquí donde se manifiesta la importancia de un buen examen clínico y del reconocimiento de si la "crisis" resolutive de la enfermedad había llegado a tener éxito. Por otra parte, esta atención del pronóstico demuestra una vez más la preocupación de los hipocráticos por los sentimientos de sus pacientes y el deseo de inspirarles seguridad. En efecto, para los enfermos de todos los tiempos las preguntas claves no fueron tanto para conocer su diagnóstico, sino para averiguar: ¿me curaré o no?, y en caso de curarme, ¿en cuanto tiempo? ¿Seguiré tomando los mismos medicamentos?

Un mérito excepcional, tal vez el mayor de la escuela de Cos, reside en haber inventado la historia clínica, al poner por escrito la descripción clara y concisa de casos reales. Cuarenta y dos de estas historias clínicas han sobrevivido en el primer y tercer libro de Las Epidemias, y, a pesar de los 2400 años que desde entonces han pasado, siguen siendo un ejemplo de registro de actos médicos. Sus autores no mostraron el menor deseo de señalar su pericia, sino que se limitaron a presentar los hechos con toda objetividad para que sirvieran de guía a médicos en

circunstancias parecidas. Se mencionaban así complicaciones de enfermedades (inflamación de los testículos en el curso de una parotiditis, por ejemplo), y como excepcional rasgo de honestidad se debe observar que entre los 42 casos descritos hay 25 mortales. Basta pensar en las pretendidas curas milagrosas, que reclamaba para si más o menos en el mismo tiempo el templo de Epidauro, para ver con claridad el infranqueable abismo que separa al hipocratismo de la medicina sacerdotal de los griegos.

La terapéutica de los hipocráticos está centrada en la convicción de que el médico debe ayudar a la tendencia natural de la curación de sus enfermos. El tratamiento debía ser ante todo conservador, ningún medicamento fuerte, ninguna droga drástica. Además del reposo y la tranquilidad, el factor central del tratamiento lo constituía la dietética, a la cual están dedicadas casi con exclusividad varias obras del **Corpus** (del régimen de las enfermedades agudas, alimentación, etc.). Junto al régimen alimenticio, gran importancia fue concedida a los medios físicos: baños, unturas, enemas, masajes e infusiones calientes o frías. En general los enemas, los purgantes, los eméticos y los diuréticos no se administraban hasta suponer que la materia morbosa estaba ya "cocida"; en ese momento se facilitaba su eliminación, acudiendo también a veces a sangrías y ventosas.

La fé en la naturaleza reducía la farmacopea hipocrática. Una comparación lo demuestra: mientras 12 siglos antes de Hipócrates, el papiro de Ebers registraba unas 900 drogas, en el **Corpus Hippocraticum** no hay mencionadas mas de 300. Gran parte de estos remedios eran de origen egipcio, como el opio, la mandrágora, la belladona, el beleño y el hidromiel.

Los libros quirúrgicos de la escuela, tales como Heridas de la Cabeza, En la cirugía ortopédica: fracturas, lesiones articulares o el

uso de instrumentos de reducción, quizás resultan aun más notables que los dedicados a la clínica. Es admirable la descripción de ciertos pasajes, como los referentes a la luxación del hombro y de la mandíbula y las maniobras recomendadas para reducir las, que son idénticas a las usadas en la actualidad. En el Tratado sobre el médico se dan minuciosas indicaciones acerca de como prepararse para efectuar una intervención quirúrgica.

Por último cabe mencionar que la Colección hipocrática es rica en obras de filosofía médica y de deontología, como el célebre juramento hipocrático, base de todos los juramentos posteriores que los médicos han prestado hasta nuestros tiempos. Aunque de aparente inspiración pitagórica y probablemente cierto, el juramento ha persistido a través de los siglos, por comportar un primer intento de agremiar y organizar la profesión de acuerdo con bases éticas. A este respecto podemos señalar que en Honduras a diferencia de otros países no se hace el Juramento Hipocrático a la Hora de la Graduación. Lo cual lamentamos todos.

Contemporáneamente con la escuela de Cos, se organizó en el continente, y frente a la isla hipocrática, la escuela de Cnido. Pocas referencias de ella han quedado, y en general se deben a citas del **Corpus Hippocraticum**, lo que demuestra el intercambio de ideas que en la época existían. A diferencia de los de Cos, los médicos Cnidos interpretaban las patologías refiriéndolas a un órgano enfermo y elaboraron complicados diagnósticos en los cuales tenían mayor peso la enfermedad que la clínica del paciente. Se recuerdan los nombres de algunos grandes médicos de **Cnido** como **Eurifon**, **Ctesias** o **Crisipo**.

A modo de resumen cabe entonces justificar por los notables méritos de Hipócrates el título de padre de la medicina otorgado espontáneamente por todo el mundo, genial creador de un método, sagaz propulsor de

maniobras técnicas y tenaz realizador de una tarea que dio origen a la semiológica, a la clínica, a la literatura médica, a la ética y a los registros clínicos. Pero además de esta actitud puramente científica, cabe admirar en el maestro de Cos la innata bondad de sus sentimientos.

Condensando su amor a la ciencia y al hombre, dice Hipócrates en su escrito Parangeliai: “en gar para filantropía paresti filotekhnia”, o sea “en el amor al ser humano está la base del arte de curar”.

## Juramento Hipocrático

“Juro, por Apolo, el médico, por Esculapio, por Hygea y Panacea, por todos los dioses y todas las diosas, a cuyo testimonio apelo, que yo, con todas mis fuerzas y con pleno conocimiento, cumpliré enteramente mi juramento, que respetaré a mi Maestro en este Arte como a mis progenitores, que partiré con él el sustento y que le daré todo aquello de que hubiese menester; que veré a sus descendientes como a mis hermanos corporales y que a mi vez les enseñaré sin compensación y sin condiciones este Arte; que dejaré participar en las doctrinas e instrucciones de toda mi disciplina, en primer lugar a mis hijos de mi Maestro y luego a aquellos que con escrituras y juramentos se declaran alumnos míos, y a ninguno mas, fuera de éstos.

En lo que se refiere a la curación de los enfermos, ordenaré la dieta según mi mejor juicio y mantendré alejados de ellos todo daño y todo inconveniente.

No me dejaré inducir por las súplicas de nadie, sea quien fuere, a suministrar un veneno o dar mi consejo en semejante contingencia.

No introduciré a ninguna mujer una prótesis en la vagina para impedir la concepción o el desarrollo del niño.

Consideraré puros mi vida y mi arte.

No practicaré la operación (que reservo a los especialistas) de la piedra, aun en pacientes en quien esta enfermedad sea manifiesta.

Cuando entre en una casa, sólo lo haré para el bien de los enfermos, me abstendré de toda acción injusta y no me mancharé por voluptuosidad con contactos de mujeres o de hombres, sean libres o esclavos.

Todo cuánto habré visto u oído durante la cura o fuera de ella en la vida común lo callaré y conservaré siempre como secreto, si no me es permitido decirlo.

Si mantengo perfecta e intacta fe en este juramento, que me sea concedida una vida afortunada, la futura felicidad en el ejercicio del arte, de modo que mi fama elevada en todos los tiempos; pero si faltare a mi juramento o si hubiese jurado en falso, que ocurra lo contrario.

# Aforismos Hipocráticos

## Parte Primera

---

- I. La vida es corta; el arte, es largo; la ocasión fugaz, la experiencia, falaz; y el juicio difícil. No es suficiente todo lo que el médico haga por su lado si al mismo tiempo no concurren al mismo objeto, el enfermo, los asistentes y demás circunstancias externas.
- II. En las alteraciones del vientre y en los vómitos espontáneos, si la evacuación es de las materias que conviene expeler, es provechosa y poco molesta, si sucede lo contrario no lo es. Del propio modo la evacuación de la orina es útil cuando se practica en términos convenientes; cuando no, es nociva. Es, pues, muy del caso tomar en consideración el país, la estación, la edad y la dolencia para juzgar el perjuicio o provecho de estos desahogos.
- III. La extrema robustez en los hombres que se ocupan en ejercicios violentos, es peligrosa; pues ni puede mantenerse en el mismo estado no adquirir incremento favorable. No pudiendo, pues, recibir mejora, ni quedarse estacionaria, es forzoso que degenera en perjudicial. Por esto conviene disminuir gradualmente el sobrado vigor para que el cuerpo empiece a nutrirse de nuevo. Sin embargo, la disminución no debe ser excedida, sino proporcionada a las fuerzas y naturaleza del individuo, pues lo contrario fuera arriesgado. Así, las evacuaciones inmoderadas y las repleciones extremas son igualmente peligrosas.
- IV. La excesiva y rigurosa dieta es arriesgada, tanto en las enfermedades largas como en las agudas, en que no es conveniente. Los efectos de un régimen debilitante y prolongado son difíciles de reparar, y lo mismo sucede con los de una repleción en los alimentos, extrema y continuada.
- V. En la dieta rigurosa resulta mayor daño a los enfermos cuando incurren en algún exceso. Todo desliz en orden a los alimentos acarrea más graves perjuicios si el régimen a que el enfermo está sujeto es muy rígido, que si no lo es tanto. Por lo mismo, la dieta tenue en exceso, escrupulosa y constante, es nociva hasta para los sanos, por los malos resultados que puede acarrear cualquier exceso. Ésta es la razón por la que es mejor un sistema moderado de alimentos, que otro más rígido.
- VI. A grandes males, grandes remedios.
- VII. En las enfermedades muy agudas pronto se descubren síntomas graves y violentos, y es preciso emplear un régimen alimenticio muy ligero y riguroso. Cuando la enfermedad no tiene este carácter, no es menester observar tanta dieta, antes bien conviene ir aflojando en ella, según el mal fuere cediendo de su primera actividad.
- VIII. Mientras la enfermedad está en todo su vigor es indispensable el uso de la dieta más rígida.

- IX. Conviene observar también si el alimento que se administra al enfermo es suficiente para conservar sus fuerzas hasta el tiempo en que la enfermedad adquiera todo su vigor, a fin de que logre vencerla, o si podrá perecer el enfermo por encontrarse debilitado en la crisis.
- X. Si el mal despliega sus fuerzas de repente, sujétese también al enfermo de repente a un régimen severo. Si el mal es de aquellos que tardan en adquirir su violencia, al llegar a este punto, y mas bien un poco antes, es cuando debe empezar el rigor dietético. Hasta entonces el alimento debe ser algo más abundante para que el enfermo resista la enfermedad.
- XI. En las exacerbaciones o paroxismos deben proscribirse los alimentos, pues lo contrario seria nocivo. Si los paroxismos se suceden en tiempos determinados, la supresión de los alimentos debe hacerse al llegar los períodos en que aquellos se reproducen.
- XII. La especie de enfermedad, la estación del año y la sucesión periódica de los accesos, ya sean diarios, ya un día si y otro no, ya en mayores intervalos, darán a conocer los paroxismos y la gravedad de la dolencia. También indican esto mismo los síntomas que desde luego aparecen. Así, en la pleuresía, el esputo que sobreviene de pronto a los principios, denota que el mal será breve; pero si se presenta mas tarde, anuncia que será pesado. La orina, la cámara y los sudores indican también, según el modo y tiempo en que aparecen, la brevedad, duración y malicia de las enfermedades.
- XIII. Los viejos aguantan la abstinencia con suma facilidad; después de estos siguen los hombres de edad madura; a los adolescentes les cuesta mayor trabajo el soportarla, pero mucho más a los niños, especialmente los muy traviosos.
- XIV. Mientras se crece hay mucho calor innato, y por lo mismo se necesita gran cantidad de alimento; de lo contrario, el cuerpo se debilita y consume. Los viejos tienen muy poco calor; así, poco sustento les basta, y el mucho les extinguiría: de aquí nace que las fiebres son en ellos menos agudas, como que su cuerpo está frío.
- XV. En invierno y primavera tiene el estómago mucho calor, y el sueño es más largo. En estas épocas, pues, debe ser el alimento mas abundante; el aumento del calor innato manifiesta la necesidad de mas copiosa nutrición. Las diversas edades y los atletas comprueban esta doctrina.
- XVI. El régimen de alimentos húmedos es útil a todos los calenturientos, y en especial a los muchachos, y a las personas acostumbradas a él.
- XVII. Debe considerarse también la distribución de alimentos que conviene a cada individuo, pues hay quien los necesita una vez al día, quien dos, quien tres, y en los mayores, menor cantidad. Para esto importa mucho tener presentes los hábitos y costumbres del sujeto, su edad, la estación y el lugar en que vive.
- XVIII. En verano y otoño se hace la digestión con dificultad; en invierno, al contrario, y también, aunque no tanto, en primavera.
- XIX. En las enfermedades cuyas accesiones se suceden en periodos determinados, no des remedio alguno ni te atropelles,

contentándote con cercenar los alimentos antes de la crisis.

- XX. Durante la crisis, ni inmediatamente después de concluida, no existe movimiento alguno, ya sea por medio de medicamentos, ya por el de otros irritantes, mejor deja descansar al enfermo.
- XXI. Si son del caso las evacuaciones, examina la forma a que naturalmente propenden, pues deben promoverse de la manera más oportuna.
- XXII. Conviene remover y purgar los materiales cuando estén cocidos, no en su estado de crudeza, ni al principio de la enfermedad, a menos que haya turgencia, lo cual rarísima vez se verifica.

XXIII. No formes juicios de las evacuaciones por la cantidad: atiende mas bien a si tienen las calidades oportunas, y si el enfermo las sobrelleva fácilmente. Y cuando convenga promoverlas en mayor estado, ejecútalo si aquel pueda resistirlas.

XXIV. En las afecciones agudas rara vez se ha de echar mano de los purgantes, y menos en su principio; y si hubieren de emplearse, hágase después de meditarlo bien y de tomar las mas diligencias precauciones.

XXV. Si un purgante hace su efecto en los materiales que conviene evacuar, es utilísimo, y el enfermo lo sobrelleva con facilidad; en el caso contrario, difícilmente.

---

## Parte Segunda

---

- I. La enfermedad en que el sueño deja al doliente mas quebrantado, es mortal; si el sueño le alivia no lo es.
- II. Cuando el sueño calma el delirio, buena señal.
- III. Si el sueño o el desvelo son excesivos, mal agüero.
- IV. Ni la inapetencia, ni el hambre, ni ninguna otra cosa son buenas cuando exceden los límites de la naturaleza.
- V. Cualquier tipo de cansancio, si fuere espontáneo, anuncia alguna enfermedad.
- VI. Los que teniendo dolorida alguna parte de su cuerpo apenas sienten dolor, no tienen el juicio sano.

VII. La situación contraída poco a poco, debe repararse lentamente; la que sobreviene en breves días pide pronta reparación.

VIII. Si durante la convalecía no se repone al enfermo, aun cuando coma con apetito, es señal de que toma demasiado alimento; pero si el no reponerse proviene de inapetencia se le debe purgar.

IX. Antes de administrar un purgante conviene reblandecer el cuerpo del enfermo, a fin de que la evacuación se verifique con facilidad.

X. Cuanto mas alimento dieres a un estómago cargado de impurezas, mas agravarás el mal.

- XI. El alimento líquido sacia más fácilmente que el sólido.
- XII. Las impurezas que deja la crisis al terminarse la enfermedad, suelen producir recaídas.
- XIII. La noche que precede a una accesión crítica es penosa; la siguiente suele ser mas tranquila.
- XIV. En los flujos de vientre toda mudanza en las evacuaciones que no las haga de peor calidad, es favorable.
- XV. Cuando salen tubérculos por el cuerpo, conviene examinar la cámara: si fuere bilioso el excremento, la enfermedad es de todo el cuerpo; pero si es como en el estado de salud, no hay el menor riesgo en dar de comer al paciente.
- XVI. Trabajar con hambre no es bueno.
- XVII. El tomar de una vez mayor cantidad de alimento que la que la naturaleza permite produce males, según lo demuestra la curación.
- XVIII. Las substancias que dan pronta y acumulativa nutrición se excrementan rápidamente.
- XIX. Los pronósticos de muerte o de salud en las enfermedades agudas no siempre son seguros.
- XX. Los que son húmedos de vientre en su juventud, pierden en la vejez esta cantidad; y los que son resacos de jóvenes se vuelven húmedos en la edad avanzada.
- XXI. Un trago de vino aplaca el hambre.
- XXII. Las enfermedades que proceden de repleción se curan por medio de evacuaciones; las que nacen de evacuación, por el de la repleción, y así las demás por sus contrarios.
- XXIII. Las enfermedades agudas hacen crisis a los catorce días.
- XXIV. El día cuarto es indicador del séptimo; el octavo es el primero de la semana siguiente; obsérvese el oncenno, que es el cuarto de esta segunda semana; obsérvese también el día diecisiete, que es el cuarto después del catorcenno, y el séptimo después del día once.
- XXV. Las cuartanas de verano suelen durar poco; las de otoño, mucho, y principalmente si se presentan al acercarse el invierno.
- XXVI. Mejor es que a la convulsión le siga calentura, que el que a la calentura le siga convulsión.
- XXVII. No conviene confiar en alivios, ni temer demasiado los recargos cuando unos y otros sobrevienen sin orden ni razón. Éstas son variaciones inciertas que no tienen por lo común subsistencia alguna.
- XXVIII. Cuando los que teniendo calentura que merezca nombre de tal, se mantienen en un mismo estado sin enflaquecer ni debilitarse, o enflaquecen y se debilitan mucho mas de lo regular, es malo. Lo primero indica que la enfermedad es larga; lo segundo poca resistencia en el paciente.
- XXIX. En el inicio de las enfermedades no te detengas en obrar, si te pareciere que el caso lo pide; pero cuando se hallen en todo su vigor, mejor es estarse quieto.

- XXX. Todo es debilidad al principio y al fin de las enfermedades; en su mayor incremento todo es violencia.
- XXXI. Comer mucho después de una enfermedad y no cobrar fuerzas es mala señal.
- XXXII. Por lo común, los que no sintiéndose buenos comen bien en un principio y no les aprovecha vienen a perder por último el apetito; los que, por el contrario, empiezan perdiendo el apetito y lo recobran al fin salen mejor librados.
- XXXIII. En toda enfermedad tener despejada la razón y tomar sin repugnancia cuanto se manda es buen indicio; lo contrario es mala señal.
- XXXIV. Menos peligro corren los enfermos cuya dolencia es adecuada a su constitución, edad, método de vida y estación del año que aquellos en quienes estos hechos no se verifican.
- XXXV. En toda enfermedad es ventajoso que la región umbilical y el bajo vientre se mantengan crasos; al contrario, la extenuación y la flaqueza de estas partes son malas; esto último es también peligroso en los flujos de vientre.
- XXXVI. Las purgas hacen rápidos estragos en los hombres que gozan de buena salud, y también en los que usan de malos alimentos.
- XXXVII. El cuerpo sano es difícil de purgar.
- XXXVIII. Un alimento y una bebida agradable, aunque menos sanas, deben preferirse a otros mas sanos, pero menos agradables.
- XXXIX. Los viejos padecen por lo común menos enfermedades que los jóvenes; pero las que les acometen y duran algún tiempo los suelen acompañar hasta el sepulcro.
- XL. Las ronqueras y corizas de los hombres muy viejos jamás llegan a perfecta cocción lo cual dificulta su cura.
- XLI. Los que sin causa conocida padecen frecuentes y profundos desmayos mueren de muerte repentina.
- XLII. Curar la apoplejía violenta es imposible; la ligera, difícil.
- XLIII. Los hombres ahogados o acometidos de disolución, pero que no han llegado a morir, si aparece espuma en sus labios, no vuelven a recobrase jamás.
- XLIV. Los hombres obesos corren mayor peligro de morir súbitamente que los flacos.
- XLV. Los niños que padecen de epilepsia se curan por medio de alguna mudanza, o cambio especialmente por la mudanza de la edad, el país y el tenor de vida.
- XLVI. Cuando acometen a un tiempo dos dolores en diferente lugar, el más fuerte amortigua al otro.
- XLVII. Durante la formación de materias, es mayor el dolor y la fiebre que cuando ya están formadas.
- XLVIII. En todo movimiento corporal que llega a ser penoso, el descanso es pronto y eficaz remedio.
- XLIX. Los que están acostumbrados a un tipo de trabajo lo soportan mejor, aun cuando sean viejos o de pocas fuerzas, que otros más jóvenes y robustos que no lo tienen de hábito.

- L. Las cosas a que uno esta habituado, aunque sean menos buenas, no son tan expuestas como las desusadas. A éstas es preciso acostumbrarse poco a poco.
- LI. Evacuar el vientre o cargar el estomago, enfriarse, calentar u ocasionar cualquier otra mutación en el cuerpo repentina e inmoderadamente es cosa peligrosa, pues todo exceso es contrario a la naturaleza. Mas lo que se va haciendo paulatinamente no ofrece riesgo alguno, bien sea pasando de una costumbre a otra, o bien en otros términos.
- LII. Cuando el método que se emplea es conforme a lo que dicta la razón, y los efectos no corresponden, no debe mudarse de sistema, subsistiendo los mismos antecedentes que se observaron desde un principio.
- LIII. Los que son húmedos y laxos de vientre en la juventud salen más bien de sus dolencias que los perezosos y estreñidos. Pero en la vejez sucede lo contrario, por cuanto en general se reseca el vientre en esta época de la vida.
- LIV. La gran estatura da gentileza en la juventud, mas en la vejez es incomoda, llevándole ventajas la pequeña.

## Parte Tercera

- I. En las estaciones del año, el transito de una a otra, y dentro de cada estación las grandes mudanzas, ya de calor, ya de frío u otras a este tenor, son causa de muchas enfermedades.
- II. Hay complexiones que se adaptan mejor al frío que al calor, y otras al contrario.
- III. Hay enfermedades que se asocian fácilmente con otras, y enfermedades que se excluyen entre si; hay también edades que piden o rehúsan ciertas estaciones, climas y métodos de vida.
- IV. Cuando en cualquier estación hace ya calor, ya frío en un mismo día, no extrañes que aparezcan las enfermedades del otoño.
- V. El austro entorpece los oídos, obscurece la vista, carga la cabeza y deja el cuerpo lánguido y perezoso. Cuando reina, se notan en los enfermo los síntomas indicados. El aquilón produce toses, ronqueras, retenciones de vientre, dificultades de orinar, horripilaciones, dolores de costado y de pecho. Mientras domine dicho viento, no se extrañe ver en los enfermos semejantes accidentes.
- VI. Cuando el estío parece una primavera, disponte a ver en las fiebres sudores copiosos.
- VII. En tiempos de gran sequedad las fiebres se hacen agudas. Y si el año en su mayor parte fuere tal como la constitución dominante, las enfermedades seguirán el mismo rumbo.
- VIII. En las estaciones regulares, cuando las circunstancias propias del tiempo se suceden según el orden debido, las enfermedades siguen un rumbo constante y son fáciles de juzgar; pero en las irregulares se presentan con mucha variedad y se juzgan difícilmente.

- IX. Las enfermedades en el otoño son muy agudas y graves en extremo; la primavera es muy saludable y poco mortífera.
- X. El otoño es mala estación para los tísicos.
- XI. Hablando de las estaciones del año, si el invierno es seco y dominan vientos del norte, y la primavera lluviosa con vientos de mediodía, habrán forzosamente en el estío fiebres agudas, oftalmias y disenterías, especialmente en las mujeres y en los hombres de temperamento húmedo.
- XII. Mas si el invierno es lluvioso y templado, y reinan vientos del sur, y la primavera seca y fatigada de vientos del norte, las mujeres a las cuales corresponde parir en ella, abortaran con el mas leve motivo; o si llegan a parir, tendrán hijos tan indelebles o enfermizos, que o bien morirán desde luego, o se criaran enclenques y valetudinarios. Las demás gentes padecerán disenterías y oftalmias secas, y los viejos, catarros que les quitaran la vida en breve tiempo.
- XIII. Si el estío es seco y septentrional y el otoño lluvioso y austral, habrá en el invierno dolores de cabeza, toses, ronqueras, corizas y algunas tisis.
- XIV. Si el otoño es septentrional y sin lluvias, será favorable a las mujeres y a los que son de complexión húmeda; pero los demás estarán expuestos a oftalmias secas, fiebres agudas y corizas tenaces, y algunos padecerán afecciones melancólicas.
- XV. En todas las estaciones del año, por lo común, los tiempos secos son más saludables y menos mortíferos que los lluviosos.
- XVI. En tiempos de lluvias frecuentes se forman enfermedades y fiebres de larga duración, diarreas, putrefacciones, epilepsias, apoplejías y anginas; en los de sequedad, consunciones, oftalmias, artritis, estrangurias y disenterías.
- XVII. En punto a las constituciones cotidianas, los vientos septentrionales aprietan las carnes, dan robusteza, buen color y agilidad al cuerpo y perspicacia al oído; pero restriñen el vientre, mortifican la vista y aumentan el dolor de la región del tórax a los que ya lo padecen el cuerpo, entorpecen el oído, causan vértigos que perturban la vista, cargazón de cabeza, pesadez en los movimientos y laxitud de vientre.
- XVIII. Volviendo a las estaciones, en la primavera y entrada de verano, los niños y los jóvenes gozan de buena salud y están alegres. Los viejos en el estío y parte del otoño, los de mediana edad en lo restante de la misma estación y en el invierno.
- XIX. En todas las estaciones aparecen enfermedades de toda especie, pero hay dolencias que son mas frecuentes y graves en unos tiempos que en otros.
- XX. La primavera produce perturbaciones mentales, melancólicas, epilepsias, flujos de sangre, anginas, ronqueras, toses, lepra, herpes, alfoz, multitud de pústulas ulcerosas, tubérculos y dolores articulares.
- XXI. En el verano, algunas de las referencias dolencias, fiebres continuas, ardientes, abundancia de tercianas y cuartanas, vómitos, diarreas, oftalmias, dolor de oídos, llagas en la boca, corrupción de las partes generativas y pústulas sudorales y fiebres erráticas, las afecciones del brazo, las hidropesías,

tisis, estrangurias, lenterías, disenterías, dolores ciáticas, anginas, asma, vólvulos, epilepsias, aberraciones mentales y afectos hipocondríacos.

XXII. En otoño, además de una gran parte de las enfermedades del estío, abundan las cuartanas.

XXIII. Del invierno son propias las pleuresías, perineumonías, letargos, corizas, ronqueras, toses, dolores de pecho, de costado, de lomos y de cabeza, vértigos y apoplejías.

XXIV. El orden a las edades sucede lo siguiente: los niños muy tiernos padecen vigiliias, vómitos, toses, espantos, inflamaciones umbilicales, fluxiones de oídos.

XXV. En el tiempo de la dentición sobreviene la picazón de las encías, fiebres, convulsiones y diarreas, principalmente al echar los colmillos, y más si los niños están muy gordos y son estreñidos.

XXVI. Cuando están ya mas adelantados en edad, vienen las inflamaciones tonsilares, la inclinación de la vértebra occipital hacia dentro, el asma, los cálculos urinarios, las lombrices, las ascárides, las verrugas de pezón, la satiriasis, la estranguria, los lamparones y toda especie de tumores, especialmente los ya indicados.

XXVII. Algunos años después, y cuando ya se aproximan a la pubertad, están expuestos a muchas de las enfermedades enunciadas, fiebres pertinaces y a flujos de sangre por la nariz.

XXVIII. La mayor parte de las dolencias de la infancia se juzgan unas en el término de cuarenta días, otras en el de siete meses, otras en el de siete años, y otras al entrar en la pubertad. Pero las que se mantienen reacias y no desaparecen a esta época, y en las muchachas hacia la de la evacuación menstrual, suelen durar toda la vida.

XXIX. Los jóvenes están expuestos padecer esputos de sangre, tisis, fiebres agudas, epilepsias y otras enfermedades, principalmente las ya referidas.

XXX. En pasando de esta edad reinan el asma, las pleuresías, las perineumonías, el letargo, el frenesí, las fiebres ardientes, las diarreas pertinaces, las cóleras, las disenterías, las lenterías y las almorranas.

XXXI. Los viejos padecen dificultad de respirar, toses catarrales, estrangurias, disurias, dolores articulares y nefríticos, vértigos, apoplejías, caquexias, comezón general, vigiliias, laxitud de vientre, fluxiones de ojos y narices, ofuscación de la vista, glaucomas y torpeza de oídos.

## Parte Cuarta

- I. Las mujeres preñadas deben purgarse a los cuatro meses si hay turgencia de materiales y también desde dicha época hasta el séptimo mes; pero en este menos. El feto mas reciente o mas adelantado requiere gran cautela.
- II. Procúrese evacuar con purgantes las materias cuya salida espontánea es provechosa; si no fueren de esta especie, debe atajarse la evacuación.
- III. En el verano debe preferirse la evacuación por la parte superior y en el invierno por la inferior.
- IV. Durante los caniculares y en los días prece- dentes, el efecto de las purgas es dificultoso.
- V. Los hombres delgados propensos al vómito púrguense por arriba; pero no en el invierno.
- VI. Los de medianas carnes y que vomitan con dificultad púrguense por la parte inferior, mas no en el verano.
- VII. Huye de promover en la tisis evacuaciones por la parte superior.
- VIII. A los melancólicos les conviene purgarse abundantemente por abajo; por la misma razón no debe echarse mano del método opuesto.
- IX. En las enfermedades agudas dispón- gase la purga en el mismo día si hay turgencia de materiales. En semejantes casos no hay que detenerse.
- X. Los retortijones y dolores hacia la región umbilical y lumbar que no ceden a las purgas ni a otros medicamentos se convierten en hidropesía seca.
- XI. Aquellos cuyas evacuaciones son lientéricas no tomen vomitivos en el invierno, que es peligroso.
- XII. Los que no vomitan con facilidad, es menester que para haber de tomar el eléboro se humedezcan descansando y tomando mas abundante alimento.
- XIII. Al que tomare el eléboro, aconséjale más bien que haga ejercicio, que no duerma y guarde la cama. La navegación prueba que el movimiento resuelve el estómago.
- XIV. Si te propones aumentar los efectos del eléboro, haz ejercicios; si calmarlos, duerme y no te muevas.
- XV. Para el que tiene las carnes sanas es arriesgado el eléboro, porque ocasiona convulsiones.
- XVI. En el que no tiene calentura, el hastió, la incomodidad en la boca del estómago, los vértigos tenebrosos y el amargo de paladar, manifiestan que necesitan un vomitivo.
- XVII. Los dolores que se sienten por encima del diafragma requieren evacuación superior: los que por debajo, inferior.
- XVIII. Los que durante el efecto de una purga no tienen sed, continúen evacuando hasta que la tengan.
- XIX. Los que estando sin calentura sienten retortijones de vientre, pesadez de rodilla y dolores lumbares deben purgarse por la cámara.

- XX. Las deposiciones negras, como sangre denegrida, si salieren espontáneamente con calentura o sin ella, son malísimas y mucho más si hay en ellas gran variedad de colores viciados. Mas si se evacuren por efecto de un purgante, no lo son tanto, y menos cuando los diversos colores no tienen malicia.
- XXI. Toda enfermedad en que en un principio se arroja atrabilis por arriba o por abajo, es mortal.
- XXII. Cuando un enfermo extenuado, bien sea de resultas de alguna enfermedad aguda o crónica, bien sea de heridas o por algún otro motivo, arroja bilis negra o sangre del mismo color, muere al siguiente día.
- XXIII. La disentería que empieza arrojando atrabilis es mortal.
- XXIV. Evacuar sangre por la parte superior, como quiera que sea, siempre es malo; por la inferior, el arrojar sangre negra es favorable.
- XXV. Si en la disentería se arroja por la cámara una como caruncular, la enfermedad es mortal.
- XXVI. Los que padeciendo calenturas echaren mucha sangre por cualquier vía tienen el vientre laxo en la convalecía.
- XXVII. Las deposiciones biliosas cesan cuando sobreviene sordera, y esta desaparece cuando sobrevienen deposiciones biliosas.
- XXVIII. Las fiebres en que al sexto día acometen rigores son difíciles de juzgar.
- XXIX. Las enfermedades en que hay crecimiento, o sea, paroxismo, si la calentura vuelve a la misma hora que cesó el día anterior, son difíciles de juzgar.
- XXX. Los que están muy fatigados por las fiebres, corren gran riesgo de padecer abscesos en las articulaciones y en especial junto a las mandíbulas.
- XXXI. Cuando al salir de una enfermedad queda dolorida alguna parte, es señal de que en ella se forma algún tumor.
- XXXII. Si habiendo dolor en alguna parte del cuerpo sobreviene una enfermedad, debe fijarse en la parte dolorida.
- XXXIII. Si al que está padeciendo calentura le sobreviene de pronto sofocación, sin tumor ni obstrucción en las fauces, es síntoma mortal.
- XXXIV. Si al que esta padeciendo calentura le tuerce el cuello repentinamente y le cuesta mucho trabajo el tragar, no habiendo en las fauces tumor, es síntoma mortal.
- XXXV. El sudor es bueno para los calenturientos cuando se presenta al tercer día, al quinto, séptimo, noveno, undécimo, catorceno, diecisiete, veintiuno y treinta y cuatro, pues estos sudores juzgan la enfermedad. Fuera de dichos días denota el sudor que el mal es penoso, largo y expuesto a recaídas.
- XXXVI. Los sudores fríos con calentura aguda son señal de muerte; en las menos aguda indican larga enfermedad.
- XXXVII. Cuando aparece sudor en parte determinada, allí tiene su asiento la enfermedad.
- XXXVIII. Cuando se siente calor o frío en parte determinada, la enfermedad reside en ella.

- XXXIX. Si se experimentan alteraciones en todo el cuerpo, sintiendo tan pronto frío como calor, palidez o encendimiento, es señal de que la dolencia es larga.
- XL. El sudar mucho durmiendo sin causa visible denota exceso de alimentos; si esto sucede al que guarda dieta severa, indica necesidad de evacuaciones.
- XLI. El sudor incesante en una enfermedad anuncia que es larga cuando es frío; que no lo es tanto cuando es cálido.
- XLII. Las fiebres incesantes que toman más cuerpo al tercer día son más peligrosas; pero si en ellas hay intermisión, como quiera que fuere, cesa todo riesgo.
- XLIII. A las fiebres largas sobrevienen tumores o dolores articulares.
- XLIV. Los tumores o dolores que se experimentan en las articulaciones después de fiebres largas proceden de demasiado alimento.
- XLV. Cuando en fiebre continúa sobreviene rigor, estando ya débil el enfermo, es síntoma mortal.
- XLVI. Arrojar esputos lívidos o sanguinolentos, o fétidos, o biliosos en las fiebres continuas es malo; si son de aquellos que no tienen estas cualidades, es bueno; lo mismo sucede con respecto a la cámara y la orina. Pero si por estas vías no salen los materiales que conviene evacuar, también es malo.
- XLVII. En las fiebres, continuas el ardor interno y la sed, cuando el cuerpo esta frío por la parte exterior, son mortales.
- XLVIII. El torcerse un labio, el ojo, la ceja o la nariz; el no oír en la fiebre continúa y estando ya débil el enfermo, cualquiera de estas cosas es indicio de muerte cercana.
- XLIX. Cuando en la fiebre continua hay respiración penosa y delirio, la enfermedad es mortal.
- L. En las fiebres los abscesos que no se resuelven en las primeras crisis indican que el mal es largo.
- LI. El llorar por cualquier causa en la fiebre u otra enfermedad no es malo; pero si las lágrimas salen involuntariamente, no es bueno.
- LII. Cuando a un calenturiento se le llenan los dientes de sarro pegajoso, la fiebre cobra mayor fuerza.
- LIII. Los que en una fiebre ardiente tienen por mucho tiempo tos seca y poco irritante, no padecen sed.
- LIV. En los bubones todas las fiebres son malas menos las efímeras.
- LV. Cuando al febricitante le entra sudor, sin que por eso remita la fiebre, es malo; pues indica que el mal se prolonga y que hay humedad excesiva.
- LVI. Si al que padece convulsión o tétanos le entra calentura, sanará.
- LVII. En la fiebre ardiente un acceso de rigor hace crisis favorables.
- LVIII. La terciana exquisita se juzga lo mas tarde a los siete accesos.
- LIX. Si a la calentura acompaña sordera y el enfermo echa sangre por la nariz o le entra diarrea, sanará.
- LX. La fiebre que cesa en días pares suele repetir.
- LXI. Que al enfermo de fiebre le acometa ictericia antes del día séptimo, es malo.

- LXII. Las fiebres con rigores diarios, acaban diariamente.
- LXIII. El que en la fiebre sobrevenga ictericia el séptimo día, el noveno, el onceno o el catorceno es buena señal, con tal que el hipocondrio derecho no esté duro, de otro modo no es bueno.
- LXIV. En las fiebres, padecer dolor en la boca del estómago, así como gran ardor en la misma víscera, es malo.
- LXV. En las fiebres agudas, padecer convulsiones y dolores vivos hacia las entrañas es malo.
- LXVI. En las fiebres, los espantos y las convulsiones durante el sueño, son mal síntoma.
- LXVII. En las fiebres, la respiración fatigosa y desigual es mala, porque anuncia convulsión.
- LXVIII. Los que tienen orinar crasa, grumosa, escasa y con alguna fiebre, si les sobreviene abundancia de orinar tenue, se alivian. Esto sucede con especialidad a los que al principio del mal, o algo mas tarde, dejaban asientos en ella.
- LXIX. Los que durante la fiebre tienen la orina revuelta como los jumentos padecen o padecerán dolores de cabeza.
- LXX. En las enfermedades que se juzgan a los siete días, aparece al cuarto en la orina una nubecilla roja y los demás signos regulares.
- LXXI. La orina blanca y transparente es mala; esto se observa con especialidad en los frenéticos.
- LXXII. Cuando hay elevación de los hipocondrios, acompañada de ruido de tripas y después dolor de riñones, se seguirá diarrea, a menos que el enfermo se desahogue por medio de ventosidades o de orinas copiosas. Esto sucede en las fiebres.
- LXXIII. Los que están amenazados de algún tumor articular quedan libres de él si sobreviene orina copiosa, crasa y blanca, como la que se echa de ver algunas veces al cuarto día en las fiebres acompañadas de cansancio. Si además de esto, arrojasen sangre por las narices, mas pronto sanará.
- LXXIV. Si alguno orina sangre o materia, tiene alguna ulceración en los riñones o en la vejiga.
- LXXV. Las carúnculas menudas que suele haber en la orina espesa, y las hebras de que a veces sale acompañada a manera de cabellos proceden de los riñones.
- LXXVI. La orina escasa y furfurácea a un tiempo, denota pústulas escabiosas en la vejiga.
- LXXVII. El orinar sangre espontáneamente indica rotura de alguna vena en los riñones.
- LXXVIII. Los asientos arenosos anuncian que hay cálculo en la vejiga.
- LXXIX. El que orina sangre y grumos, padeciendo al mismo tiempo estranguria y dolor en el bajo vientre y en el perineo, tiene alguna lesión en la vejiga o sus adyacentes.
- LXXX. El orinar sangre, materia o unas como escamas, con mal olor, denota ulceración en la vejiga.
- LXXXI. Cuando se forma un tubérculo en la uretra, luego que aquél supura y se revienta, se acaba la enfermedad.
- LXXXII. El orinar mucho por la noche indica que las evacuaciones por la cámara no son copiosas.

## Parte Quinta

- I. La convulsión ocasionada por el eléboro es mortal.
- II. La convulsión que sobreviene de una herida es mortal.
- III. Si al que ha perdido mucha sangre le da convulsión o hipo, mala señal.
- IV. Si a una evacuación de vientre inmoderada sobreviene convulsión o hipo, mala señal.
- V. Si un beodo se queda mudo de repente, morirá convulso, a menos que le entre calentura, o que en el momento de cesar la embriaguez recobre el habla.
- VI. Los que son acometidos de tétanos mueren en el término de cuatro días; si salen de él, sanan.
- VII. La epilepsia anterior a la pubertad suele curarse; la que acomete cumplidos los veinticinco años dura por lo común hasta la muerte.
- VIII. Cuando en la pleuresía no se evacuan los materiales por la expectoración en catorce días, se convierte en empiema.
- IX. La tisis aparece por lo regular desde la edad de dieciocho años hasta la de treinta y cinco.
- X. Cuando la angina se pasa al pulmón, acaba con el enfermo en siete días; si sale de ellos, se convierte en empiema.
- XI. Cuando a los que padecen consunción se les cae el pelo, huelen mal, les entra diarrea y mueren.
- XII. Si a los que padecen consunción se les cae el pelo y su esputo echado en las ascuas huele muy mal, es mortal la dolencia.
- XIII. Los esputos de sangre espumosa proceden del pulmón.
- XIV. En los tísicos la diarrea es mortal.
- XV. Cuando la pleuresía degenera en empiema, si a los cuarenta días de reventado el absceso ha evacuado el enfermo el material por la expectoración, se salva; sino, se vuelve tísico.
- XVI. El calor excesivo produce estos efectos: flojedad de carnes, debilidad de nervios, torpeza de entendimiento, flujos de sangre, deliquios, y por último la muerte.
- XVII. El frío produce convulsión, tétanos, manchas negras y rigores febriles.
- XVIII. El frío es dañoso a los huesos, dientes, nervios, cerebro y medula espinal: el calor les es favorable.
- XIX. Las partes afectas del frío conviene calentarlas, a excepción de aquellas que arrojan sangre o están expuestas a arrojarla.
- XX. El frío exacerba las úlceras, endurece el cutis que las rodea, ocasiona dolor sin supuración, produce manchas negras, rigores, convulsiones y tétanos.
- XXI. Cuando el tétanos viene en el rigor del verano y el enfermo es joven y de buenas carnes, hay el medio de llamar el calor echándole gran cantidad de agua fría: revocado el calor, se acaba el mal.

- XXII. El calor, como supuratorio, es muy favorable en la curación de las úlceras (aunque no en todas), porque ablanda el cutis y lo adelgaza, aplaca el dolor y los rigores, mitiga la convulsión y el tétanos y disipa la cargazón de cabeza: también es útil en la fractura de huesos y más si quedan descubiertos: es bueno igualmente para las úlceras de la cabeza, para las partes paralizadas o ulceradas por efecto del frío, y para las herpéticas: es favorable al ano, a los órganos de la generación, al útero y a la vejiga: el calor es conveniente a las dolencias de todas estas partes y contribuye a su crisis; pero el frío es enemigo mortal de todas ellas.
- XXIII. Conviene aplicar el frío cuando sale sangre o amenaza salir, mas no en la parte misma, sino en las inmediatas; y sobre las inflamaciones y ardores de color sanguíneo y rubicundo por acumulación de sangre reciente, pues si es inveterada ennegrece la parte. También es provechoso en la erisipela si no hay ulceración; más si la hay es nocivo.
- XXIV. Las cosas frías, como la nieve y el hielo, son contrarias al pecho, por cuanto excitan toses, hemorragias y catarros.
- XXV. Los humores articulares, los dolores sin úlcera, las afecciones de gota y las convulsiones se amortiguan comúnmente, y aun se calman y cesan de todo punto, por la efusión de agua fría en abundancia. El atarimamiento, cuando no llega a ser excesivo, embota los dolores.
- XXVI. El agua que se calienta y enfría pronto es muy ligera.
- XXVII. Cuando uno tiene ansia de beber por la noche, y a pesar de la gran sed se queda dormido, es buena señal.
- XXVIII. Las exhalaciones aromáticas provocan la menstruación; así, para este efecto y para otros varios, serian muy convenientes si no causaran cargazón de cabeza.
- XXIX. Toda enfermedad aguda en una mujer preñada promueve el aborto, y más cuanto mayor es el feto.
- XXX. Con la aparición de la regla se cura el vómito de sangre en las mujeres.
- XXXI. Cuando una mujer a quien falta la regla tiene hemorragia por las narices, buena señal.
- XXXII. La diarrea abundante en una mujer preñada, provoca el aborto.
- XXXIII. En las afecciones histéricas y en los partos penosos, es conveniente el estornudar.
- XXXIV. El poco color de las evacuaciones mensuales y el desorden periódico de las mismas, manifiestan necesidad de purgantes.
- XXXV. Si a una mujer preñada se le disminuye los pechos de repente, señal de aborto.
- XXXVI. Si a una mujer preñada de dos mellizos se le disminuye un pecho, abortará uno de los dos; el aborto será del varón si fuere el pecho derecho, de la hembra si fuere el izquierdo.
- XXXVII. Cuando una mujer que no ha parido ni esta preñada tiene leche en los pechos, es señal de que le falta la regla.

- XXXVIII. La acumulación de sangre en los pechos de una mujer, anuncia algún desorden mental.
- XXXIX. Si quieres saber si una mujer esta preñada, haz que se acueste sin cenar, y dale a beber al entrar en la cama un poco de miel desleída en agua. Si tuviera retortijones de vientre, lo está; sino, no.
- XL. Mujer preñada que trae varón tiene buen color; si trae hembra, malo.
- XLI. Si a una mujer preñada le sobreviene erisipela en el útero, es mortal.
- XLII. Mujer que se hace preñada estando excesivamente flaca, malpare antes de llegar a engordar.
- XLIII. La mujer de robustez regular que, sin causa manifiesta, aborta al segundo o tercer mes de su preñez, tiene cubiertas de moco las membranas de la matriz y no pudiendo aguantar el peso del feto, se rasgan y les sueltan.
- XLIV. La mujer muy gruesa que no concibe es porque el redaño comprime la boca del útero y así no se hará preñada mientras no enflaqueciere.
- XLV. Si la matriz inclinada sobre el muslo viene a supuración, es preciso aplicar los medicamentos en hilas.
- XLVI. El feto masculino ocupa por lo regular el lado derecho y el femenino el izquierdo.
- XLVII. Para que salgan las secundinas, conviene tomar un estornutatorio y cerrar la boca y las narices.
- XLVIII. Para contener el flujo menstrual de una mujer, ponle en los pechos una gran ventosa.
- XLIX. Durante la preñez, el orificio de la matriz está cerrado.
- L. Si los pechos de una preñada brotaren leche en abundancia, señal de que el feto es endeble: los pechos sólidos indican un feto más vigoroso.
- LI. A la mujer que esta amenazada de malparir se le aflojan los pechos. Si se le vuelven a poner duros tendrán dolores en ellos, o bien en los muslos, en los ojos o en las rodillas; pero no abortará.
- LII. Cuando el orificio del útero esta duro, es señal de estar cerrado.
- LIII. La mujer preñada que adolece de fiebres y enflaquece con exceso sin causa manifiesta, tendrá un parto peligroso y difícil, o abortará con mucho riesgo.
- LIV. Si el flujo de sangre llega al extremo de dar convulsión y delirio, mala señal.
- LV. La excesiva evacuación menstrual acarrea enfermedades, y su supresión males de la matriz.
- LVI. Cuando esta inflamado el intestino recto o el útero, y cuando hay supuración en los riñones, sobreviene estranguria: la inflamación del hígado ocasiona hipo.
- LVII. Para averiguar si una mujer que no concibe es estéril, o no, haz que tome por debajo el vapor de algún aroma, tapándola bien con sus vestidos: si te pareciera que el olor penetra por su cuerpo hasta la boca y nariz, ten entendido que no es de suya infecunda.
- LVIII. Mujer preñada que tuviere la menstruación, es imposible que crié el feto sano.

- LIX. Mujer que no tiene la menstruación y sin frío ni calentura padece hastío, no dudes que está preñada.
- LX. La mujer que tiene el útero frío y denso no concibe, ni tampoco la que lo tiene demasiado húmedo, por que en ellas se extingue la aptitud generativa. Lo mismo sucede con la que tiene el útero seco y ardoroso, pues se desvirtúa el semen por falta de alimento. Más las que gozan de complexión media entre dichos extremos son muy fecundas.
- LXI. Otro tanto puede decirse de los varones: a veces por la excesiva porosidad de su cuerpo se evapora a lo exterior la parte espirituosa y no se elabora bien el semen, o ya por su densidad demasiada no tiene salida, o por frialdad no adquiere el calor necesario para que la verifique; a veces también por exceso de ardor resultan las mismas consecuencias.
- LXII. La leche es mala para los que padecen de la cabeza; mala para los calenturientos que tienen elevados los hipocondrios con ruidos en ellos y ansia de beber; mala también para los que arrojan materiales biliosos, para los que padecen de fiebre aguda y para los que por la cámara han echado sangre en abundancia. Pero es buena para los tísicos cuya fiebre es poca. También en las calenturas lentas y pesadas, no habiendo ningún síntoma de los dichos, y no menos para los muy extenuados.
- LXIII. Cuando en las llagas aparece tumefacción, no habrá mucho espasmo ni delirio; pero si de pronto se disipa y las llagas están en la parte de la espalda, resultan convulsiones y tétanos; si están en la parte anterior, sobrevienen alteraciones mentales o dolores vivos de costado, o abscesos o disentería, si la tumefacción era rubicunda.
- LXIV. Si en las heridas grandes y de mala calidad no aparece tumefacción, es malísimo.
- LXV. Los tumores blandos son buenos: los crudos y endurecidos, malos.
- LXVI. En los dolores de la parte posterior de la cabeza es buena la sangría de la vena recta de la frente.
- LXVII. Los rigores en las mujeres empiezan por lo común en los riñones y les van subiendo por la espalda hasta la cabeza. En los hombres empiezan más bien por la parte posterior del cuerpo que por la anterior: en los codos o en los muslos. Los hombres tienen también el cutis más raro, como lo indica el vello.
- LXVIII. Los cuartanarios nunca padecen convulsión: si la padecen y luego les da la cuartana, quedan buenos.
- LXIX. Los que tienen el cutis tirante, árido y duro mueren sin sudor y los que lo tienen flojo y raro expiran sudando.
- LXX. Los ictéricos jamás son flatulentos.

## Parte Sexta

- I. Si en la lientería inveterada, aparecen por primera vez eructos ácidos, buena señal.
- II. Los que por naturaleza son húmedos de narices y de semen, no gozan de salud perfecta; los que se hallan en el caso contrario, gozan de mejor.
- III. En la disentería inveterada, el hastío es mal síntoma, y si hay fiebre, peor.
- IV. Las úlceras que tienen los bordes tersos son malignas.
- V. En los dolores de costado y de pecho u otra parte determinada, obsérvese si son de igual intensidad.
- VI. Los dolores de riñones y de la vejiga son malos de curar en los viejos.
- VII. Los dolores de vientre son mas leves si este se pone elevado; sino, son más agudos.
- VIII. Las úlceras son malas de curar en los hidrópicos.
- IX. Las eflorescencias cutáneas, cuando son extendidas, pican poco.
- X. Cuando hay dolores de cabeza o de las partes adyacentes, si se arroja pus, linfa o sangre por nariz, boca u oídos, se acaba el mal.
- XI. Si a los melancólicos y a los que padecen afecciones nefríticas les salen almorranas, es bueno.
- XII. Los que habiendo curado de almorranas inveteradas no conservan por lo menos una, corren riesgo de volverse hidrópicos o tísicos.
- XIII. Con el estornudo se acaba el hipo.
- XIV. En la hidropesía, si el agua pasa de las venas al vientre y se arroja por la cámara, sana el enfermo.
- XV. Si a los que padecen diarrea inveterada les acomete vómito espontáneo, se acaba la diarrea.
- XVI. Cuando en la pleuresía y perineumonía sobreviene diarrea, mala señal.
- XVII. Para los que padecen oftalmia es útil la diarrea.
- XVIII. Las roturas de vejiga, cerebro, corazón, diafragma, intestinos delgados, estómago e hígado, son mortales.
- XIX. Cuando enteramente queda cortado un hueso, un cartílago, un nervio, la parte delicada de la mejilla o el prepucio, ni crecen ni se vuelven a reunir.
- XX. La sangre que contra el orden natural se extravasa en el vientre, viene forzosamente a supuración.
- XXI. Cuando a un maniático le sobrevienen várices o almorranas, queda bueno.
- XXII. Los latidos que bajan desde la espaldilla al codo los cura la sangría.
- XXIII. El miedo y la tristeza, cuando duran mucho, constituyen una afección melancólica.
- XXIV. Cortada alguna parte de los intestinos delgados, nunca llega a curarse.

- XXV. Que la erisipela pase de lo interior del cuerpo al exterior es bueno; lo contrario, malo.
- XXVI. Cuando en la fiebre ardiente sobrevienen temblores, los calma el delirio.
- XXVII. Cuando los empiemáticos o los hidrópicos arrojan de golpe el pus o el agua por la acción del fuego o del hierro, se mueren.
- XXVIII. Los eunucos no adolecen de gota ni se quedan calvos.
- XXIX. Las mujeres no adolecen de gota hasta que cesa la menstruación.
- XXX. Los muchachos no adolecen de gota antes del uso de la Venus.
- XXXI. Los dolores de ojos ceden al uso del vino puro, del baño, de los fomentos, de las sangrías o de las purgas.
- XXXII. Los tartamudos padecen largas diarreas.
- XXXIII. Los que padecen eructos ácidos nunca enferman de pleuresía.
- XXXIV. Los calvos no padecen varices de consideración, y si las padecen, les vuelve a salir el pelo.
- XXXV. Si a los hidrópicos les entra tos, es mala señal.
- XXXVI. La dificultad de orinar la cura una sangría, pero se ha de hacer en los vasos internos.
- XXXVII. Si al que padece anginas le sale algún tumor en el cuello, es buen síntoma, pues el mal se inclina a la parte exterior.
- XXXVIII. A los que tienen algún cáncer oculto no se les debe dar medicamentos, porque puestos en cura mueren mas pronto. El modo de que vivan más tiempo es dejarlos.
- XXXIX. La convulsión procede de plenitud o de sobrada evacuación, y también el hipo.
- XL. Si a los que tienen dolor en los hipocondrios sin inflamación les da calentura, se acaba el dolor.
- XLI. Cuando hay en el cuerpo alguna supuración oculta y no se conoce por ninguna señal, esto consiste en que la parte es muy crasa o el pus muy espeso.
- XLII. El que a los ictéricos se les endurezca el hígado, es mal indicio.
- XLIII. Cuando los que adolecen del bazo padecen disentería inveterada, les sobreviene hidropesía o flujo lientérico y se mueren.
- XLIV. Los que padeciendo estranguria son acometidos de vólculo, mueren en término de siete días, a menos que entrándoles calentura orinaren copiosamente.
- XLV. Las úlceras que duran un año o mas es forzoso que dañen el hueso y que dejen profundas cicatrices.
- XLVI. Los que por efecto de asma o de tos se hacen corcovados antes de la pubertad mueren.
- XLVII. A los que les conviene purgarse o sangrarse, se les deben aplicar tales remedios en la primavera.
- XLVIII. Para los que adolecen del bazo, la disentería después de la afección es favorable.

- XLIX. Los ataques de gota, una vez calmada la inflamación, terminan dentro de cuarenta días.
- L. Las heridas del cerebro acarrear de necesidad calentura y vómito bilioso.
- LI. Cuando en sana salud da de repente dolor de cabeza, siguiéndose la pérdida del habla y ronquido, muere el enfermo en siete días, a menos que le entre calentura.
- LII. Conviene observar también de qué manera aparecen los ojos en su interior cuando el enfermo duerme, pues si estando cerrados se descubre por entre los párpados algo de lo blanco del ojo, sin que suceda después de una diarrea o de una purga, es mala señal y por lo común de muerte.
- LIII. El delirio festivo anuncia mayor seguridad; el grave, mayor peligro.
- LIV. En las enfermedades agudas con fiebre, la respiración lamentable es mala.
- LV. Los ataques de gota son mas frecuentes por lo común en primavera y otoño.
- LVI. En las enfermedades melancólicas la aglomeración de los humores es peligrosa, por cuanto acarrea apoplejía, convulsiones o ceguera.
- LVII. La apoplejía acomete por lo regular desde los cuarenta años hasta los sesenta.
- LVIII. Si el redañón sale fuera, le entra forzosamente putrefacción.
- LIX. Cuando en los dolores inveterados de la ciática se sale el hueso de su lugar y vuelve a él, sobrevienen en mucosidades.
- LX. Cuando en los dolores inveterados de la ciática llega a salirse el hueso de su lugar, se enflaquece la rodilla y resulta cojera si no se emplea el cauterio.

---

## Parte Séptima

---

- I. En las enfermedades agudas, el frío de las extremidades es malo.
- II. Cuando en la enfermedad de algún hueso se pone la carne lívida, es malo.
- III. Después del vómito, el hipo y el encendimiento de ojos es malo.
- IV. Después del sudor, entrar en frío no es bueno.
- V. Si a un maniático le sobreviene disentería, hidropesía o éxtasis, es bueno.
- VI. La enfermedad larga, el hastío y la deposición de materiales no mixturados son mala señal.
- VII. Cuando al exceso en la bebida se siguen dolor y delirio, es malo.
- VIII. Al reventarse un tumor interno sobreviene caimiento, vómito y delirio.
- IX. Si al flujo de sangre se sigue delirio o también convulsión, es malo.
- X. Si en la afección ilíaca sobreviene vómito, hipo o convulsión, es malo.

- XI. Si la pleuresía degenera en perineumonía, malo.
- XII. Si la perineumonía se convierte en frenesí, también malo.
- XIII. Si a vehementes ardores se sigue convulsión o tétanos, malo.
- XIV. Si al que tiene una herida en la cabeza le entra estupor o delirio, malo.
- XV. Si al esputo de sangre sucede esputo de pus, malo.
- XVI. Si al esputo purulento se sigue consunción y diarrea, malo. Al contenerse el esputo muere el enfermo.
- XVII. Si de la inflamación del hígado se sigue hipo, malo.
- XVIII. Si al desvelo sobreviene convulsión o bien delirio, malo.
- XIX. Si estando un hueso descubierto entra erisipela, malo.
- XX. Si a la erisipela sucede putrefacción o supuración, malo.
- XXI. Si de resultas de fuertes pulsaciones en las úlceras rompe la sangre, malo.
- XXII. Si después de largos dolores en la región del vientre se sigue supuración, malo.
- XXIII. Si a deposiciones de materiales que no vienen mezclados ni incorporados entre sí sucede disentería, malo.
- XXIV. Si la herida de un hueso penetra hasta su cavidad, sobreviene delirio.
- XXV. La convulsión que entra de resultas de un purgante, es mortal.
- XXVI. Cuando en los dolores agudos de la región del vientre se llegan a enfriar las extremidades, malo.
- XXVII. Si en la preñez hay tenesmo, el aborto es seguro.
- XXVIII. Cualquier hueso, cartílago, o nervio del cuerpo que se corte, ni crece, ni vuelve a reunirse.
- XXIX. Si en la leucoflegmasía viene diarrea, se acaba el mal.
- XXX. Las deposiciones espumosas son señal de catarro pituitoso en la cabeza.
- XXXI. Cuando en la orina de un febricitante quedan asientos parecidos a la harina gruesa, la enfermedad será larga.
- XXXII. El sedimento bilioso que deja la orina, siendo ésta tenue al salir, indica enfermedad aguda.
- XXXIII. Cuando la orina está divulga, señal de gran desorden interior.
- XXXIV. Cuando en ella sobrenadan pompas, el mal esta en los riñones y será largo.
- XXXV. Cuando lo que sobrenada es denso y craso, anuncia afecciones nefríticas y agudas.
- XXXVI. Cuando en las afecciones nefríticas sobrevienen, además de las señales indicadas, dolores someros hacia los músculos de la espina dorsal, denotan la formación próxima de un absceso exterior; mas si fueren profundos, también lo será el absceso.
- XXXVII. El vómito de sangre sin calentura es saludable; con ella es malo; cúrese por medio de refrigerantes y de astringentes.

- XXXVIII. Las fluxiones que forman depósito en la cavidad superior vienen a supuración en veinte días.
- XXXIX. Si la lengua se queda de repente sin movimiento, o alguna otra parte del cuerpo se paraliza, éste es un síntoma atrabiliario.
- XL. Si a los viejos, después de haberse purgado con exceso, les entra hipo, no es buena señal.
- XLI. El que adolece de fiebre que no sea de carácter bilioso queda bueno echándole en la cabeza gran cantidad de agua caliente.
- XLII. Las mujeres nunca son ambidexas.
- XLIII. Los empiemáticos en quienes se hace la operación por medio del fuego o del hierro, si el pus sale blanco y puro se salvan; más si sale sanguinolento, fangoso y fétido, mueren.
- XLIV. Cuando en la supuración del hígado se da salida al pus por medio del fuego o del hierro, y sale blanco y puro, se salva el enfermo, pues el pus está contenido en la túnica exterior de aquella entraña; pero si sale semejante al alpechín, se muere.
- XLV. En los dolores de ojos, después de administrar al enfermo tomas de vino puro y locaciones abundantes de agua caliente, sángrale.
- XLVI. Si al hidrópico le entra tos, no hay remedio.
- XLVII. La estranguria y la disuria se curan con tomas de vino puro y sangrías, pero han de ser de las venas internas.
- XLVIII. En las anginas son favorables el tumor y la rubicundez que aparecen en el pecho, pues son señal de que el mal se hace exterior.
- XLIX. Los que padecen esfacelo en el cerebro mueren en tres días; si pasan de este término, se salvan.
- L. El estornudo procede de la cabeza, ya porque hay calor excesivo en el cerebro, ya por demasiada humedad en alguna de sus cavidades. El aire que está dentro sale con violencia, y como el paso es estrecho, hace ruido.
- LI. El dolor que se siente en la circunferencia del hígado se disipa si sobreviene calentura.
- LII. Al que le convienen las sangrías, hacelas en primavera.
- LIII. Cuando se acumula cantidad de pituita entre el diafragma y el vientre causando dolor y sin hallar salida a ninguna de las cavidades, si por las venas pasa a la vejiga, cesa el mal.
- LIV. Cuando en la hidropesía del hígado se abre paso al agua hacia el redaño, se encharca el vientre y muere el enfermo.
- LV. El vino a partes iguales calma la ansiedad, los bostezos y las horripilaciones.
- LVI. Cualquier golpe fuerte en el cerebro, sea la causa la que fuere, priva súbitamente del uso de la voz.
- LVII. A los que tienen las carnes húmedas les conviene pasar hambre, porque ésta diseca los cuerpos.
- LVIII. Tener grandes sudores continuos, sean fríos o calientes, denotan humedad con exceso, la cual deberá evacuarse en el hombre robusto por la parte superior, en el débil, por la inferior.

- LIX. El alimento dado a un febricitante en la convalecencia le vigoriza; durante la enfermedad, le empeora.
- LX. Observa las evacuaciones de la vejiga: según se diferencia más o menos de las de los sanos, así será menor el mal que amenace.
- LXI. Cuando las evacuaciones, después de reposadas, observen un poso semejante a raeduras, hay leve dolencia si fueren en corta porción, grave si fueren en mucha. En tales casos la purga es conveniente; mas si antes de administrarla dieres al enfermo bebidas nutritivas, el mal se aumentará en proporción de la cantidad que tomare.
- LXII. La crudeza de las deposiciones dimana de atrabilis: el mal será más o menos considerable, según la mayor o menor crudeza de dichas evacuaciones.
- LXIII. Los esputos en las fiebres contínuas son malos cuando son lívidos o sanguinolentos, o fétidos, o biliosos. Cuando son de buena especie, son útiles. Lo mismo sucede con respecto a las evacuaciones de la cámara y vejiga; en general, el que se suprime la salida de cualquier material de que conviene desembarazarse es malo si aun queda que arrojar.
- LXIV. Al promoverse evacuaciones, conviene facilitar el efecto de las medicinas. Si se promueve por arriba, debe el vientre estreñirse; si por abajo, humedecerse.
- LXV. A la leucoflegmasía sucede la hidropesía.
- LXVI. A la diarrea se sigue la disentería.
- LXVII. De la disentería procede la lentería.
- LXVIII. Del esfacelo resulta la exfoliación de los huesos.
- LXIX. Al vómito de sangre sobreviene la tisis y la expectoración purulenta. A la tisis, fluxión cerebral; a ésta, diarrea; a la diarrea, supresión del esputo; a la supresión del esputo, la muerte.
- LXX. Observa la calidad de las secreciones que se hacen por la cámara, orina, sudor y demás vías naturales: si difieren poco del estado de salud, el mal es ligero; si mucho, mas grave; si muchísimo, mortal.

## Parte Octava

- I. Los que adolecen de frenesí después de los cuarenta años no se curan; cuando el mal es menor a esa edad y dependiendo de la naturaleza del individuo, es siempre menos peligroso.
- II. Las lagrimas voluntarias durante una enfermedad son buen indicio; las involuntarias, malo.
- III. Durante las cuartanas es malo echar sangre por las narices.
- IV. Los sudores que sobrevienen con fuerza y celeridad en los días críticos son peligrosos. También lo son los que salen de la frente gota, a gota, o hilo a hilo, como un manantial, y los que son fríos y copiosos; pues todos son efecto de causas violentas de suma fatiga y de presión durable.

- V. En enfermedad inveterada, el que entre diarrea es malo.
- VI. El que no sanan las medicinas, lo sana el hierro; lo que hierro no sana, lo sana el fuego; lo que el fuego no sana, ha de considerarse incurable.
- VII. Si la naturaleza del individuo tiene disposición a tisis, los síntomas son violentos y algunos de ellos mortales. Cuando el tiempo favorece a la enfermedad contra el enfermo, el riesgo es mayor, como fiebres ardientes en verano o hidropesía en invierno. En este caso predomina el vigor de los agentes naturales y el bazo les pone menor resistencia.
- VIII. Cuando la lengua no ésta sanguinolenta ni denegrada, no es muy temible el resultado, pues indica que el mal no es considerable.
- IX. Éstas son las observaciones que conviene hacer en las fiebres agudas, para saber si el enfermo es de vida o de muerte.
- X. El ponerse frío y convulso el testículo derecho, es síntoma mortal.
- XI. Las uñas negras y los dedos de las manos y de los pies fríos, contraídos o flojos, indican muerte próxima.
- XII. Los labios cárdenos, paralizados, trastornados y fríos, son signos mortales.
- XIII. Las orejas frías, diáfanas, contraídas, son signos mortales.
- XIV. El que padeciendo vértigos tenebrosos, y teniendo horror a la luz, siente gran ardor y sueño profundo no tiene remedio.
- XV. El que tiene arrebatos de furor y no conoce a nadie, ni oye, ni entiende, ya está moribundo.
- XVI. Estas son las señales mas claras, junto con la elevación e inflamación del vientre.
- XVII. Pero el término llega cuando el calor del alma, desde la parte que está encima del ombligo, sube mas arriba del diafragma, y el húmedo queda consumido de todo punto. Después que el pulmón y el corazón pierden la humedad que les quedaba, por haberse fijado el calor en los sitios en que su concentración es mortífera, se exhala de repente el espíritu del calor, que es el que forma la trabazón reciproca del todo con sus partes. Al punto el alma, huyendo de su albergue corporal, bien sea a través de las carnes, bien por los respiraderos de la cabeza que tanto contribuyen a la vida, deja para siempre el frío y cadavérico simulacro del hombre junto con la bilis, sangre, carnes, pituita y cuantos elementos le formaban.

## ÉTICA MÉDICA EN LA ROMA CLÁSICA

La medicina en Roma se llena con la figura de Galeno nacido en Pérgamo. El pensamiento ético de Galeno y el decoro del médico romano completan la moral del médico en esa época. En su pequeño tratado “que el mejor médico es también filósofo”, Galeno sostenía que un médico digno de ser emulo de Hipócrates, requería adentrarse en el saber de la física, es decir, del conocimiento de la naturaleza y en particular de la del cuerpo humano, de la lógica a fin de poder razonar adecuadamente y valorar el conocimiento y los datos procedentes de sus experiencias.

Para comenzar, antepone el valor de la virtud (areté) al de la riqueza y señala que el desprecio de la riqueza no impide que el médico dedique cierto momento a recibir adecuados honorarios ocupando esto un lugar secundario entre los fines de su práctica profesional. Así pues para ser un buen médico, lo primero es estudiar y saber medicina. Esto constituye un primer requerimiento ético como dijo nuestro médico insigne, el doctor Hipólito Casiano Matute, cofundador de la Universidad Nacional de Honduras y rector de la misma a la muerte del Padre Reyes, “no es médico quién no ha estudiado medicina”.

A todo este ideal para la práctica médica, Galeno agrega una crítica implacable a la decadencia de las virtudes cuando Roma era el imperio más grande de la tierra donde reinaban la avaricia y el afán de lucro a la par de la falta de principios éticos y morales e incluso la vieja cultura griega que brindaba homenaje a la fama y la gloria cedía el paso a la adulación y el servilismo. La imagen de los médicos, que eran parte del séquito de los pacientes ricos, era para él evidencia de la pérdida de la moral y de la decadencia de la práctica médica. El médico justo, prudente, experto en su arte, configura el ideal hipocrático que Galeno trató de llevar a la

práctica y que aún estamos esperando en muchos países.

En resumen, Los romanos no dieron a la ciencia ningún investigador de brillo, pero sí muchos y hábiles compiladores del saber heleno. Entre estos enciclopedistas sobresale **Plinio El Viejo** (23 – 79 d.C.). Abogado, luego militar y marino, Plinio fue el más infatigable de los compiladores que conoce la historia. Los 37 libros de la Historia natural, única obra de este polígrafo que nos ha legado, abarca todo el saber de la naturaleza de aquella época, incluso con sus aplicaciones a la medicina. El propio Plinio nos cuenta que para redactarla consultó 2000 libros. Sin embargo, este gran erudito que leía continuamente, incluso cuando se bañaba, carece por completo de espíritu crítico. Los hechos irrefutables se mezclaban con excelentes comentarios. No duda en admitir la existencia del ave fénix, caballos alados o sirenas, pero a pesar de esta ingenuidad que sorprende a un erudito, hace también sagaces deducciones: de la duración del día en distintas partes del mundo, Plinio deduce la existencia del día y la noche polares. Su idea de la naturaleza es finalista, conforme a las enseñanzas de Aristóteles, y cree que todo el universo existe para servir al hombre. Esta idea es la que dirige su prolija descripción de las plantas medicinales, afirmando que todos los vegetales poseen propiedades terapéuticas y que para cada enfermedad existe una planta curativa. Este sabio, que no sabía ver por sus propios ojos sino a través de los libros de otros, halló la muerte cuando intentó realizar una observación personal. Al tratar de ver la erupción del Vesubio, que destruía a Pompeya y Herculano, fue asfixiado por los gases del volcán. Recordemos que Aristóteles fue maestro del gran conquistador Alejandro Magno.

Otro enciclopedista de gran talla fue **Aulo Cornelio Celso** (fl. Ca. 39 d.C.), que vivía en los tiempos de Plinio. De su voluminosa obra, que también trataba del conjunto del saber, sólo se han salvado las partes referidas a la medicina. Escritas en un elegante latín, la obra de Celso fue uno de los primeros tratados médicos impreso poco después del invento de Gutenberg. Celso describe la apendicitis, la ligadura arterial como método hemostático y la hemorragia cerebral no traumática; su tríada de los síntomas de la inflamación se enseñan aún en nuestros días. El elevado nivel de su recopilación es tanto más notable por cuanto Celso no era médico; su condición de patricio romano le impedía ejercer un oficio reservado a extranjeros, esclavos y libertos.

Entre los extranjeros se encontraba en griego **Dioscórides** (fl. Ca. 60 d.C.), oriundo del Asia Menor y médico militar romano. Junto al discípulo de Aristóteles, Teofrasto, fue Dioscórides el más notable botánico de la antigüedad. En su obra materia médica, para ayudar a la identificación de las plantas medicinales, describió 600 vegetales, valiéndose del dibujo para ilustrar sus palabras. Los lugares donde crecen las especies, su uso y la enfermedad que curan. Fue el primero en describir las propiedades curativas del acónito y del jengibre, y en descubrir la preparación y aplicación del opio y de los venenos vegetales y sus antídotos.

Hemos indicado ya, que la profesión médica era poco considerada como para que la ejerciera un patricio romano; fue entonces lógico que muchos prácticos griegos se establecieran en la capital del imperio. La profunda influencia que la cultura helena ejerció en la sociedad romana se vio también trasladada al campo de la medicina. Frente a la general aceptación, se levantaron voces que intentaban la moda helenizante para volver a las antiguas costumbres; Plinio El Viejo detestaba a los médicos griegos.

## Cronología de esa época histórica (10,000-20,000a.C.).

Testimonios escritos que demuestran la existencia de la medicina egipcia en textos antiguos, lo mismo sucede con la civilización maya y azteca. El emperador Amarillo, el fundador legendario de la medicina china (2698-2598), Imhotep en Egipto.

El uso de las medicinas herbáceas en Mesopotamia y en Mesoamérica. El legendario emperador chino Shen Nong (3494) descubre la medicina herbácea. Testimonios del uso de plantas medicinales en Egipto y en la región Maya. Testimonio de la existencia de agujas y de la práctica de la trepanación en Egipto y entre los Incas. La práctica de la momificación en Egipto y en el Imperio Inca.

El asentamiento de los primeros agricultores. Las primeras ciudades de Mesopotamia. El establecimiento de la civilización egipcia. El establecimiento de la civilización india. El establecimiento de las civilizaciones Maya y azteca en Mesoamérica que florecen en la época clásica.

**2000-500a.C.** Las leyes de Hammurabi en Babilonia. Establecimiento de la medicina Ayurveda en la India y de la última dinastía Maya encabezada por Yax Kuk Mo en la ciudad de Copan. Ebers Papyrus en Egipto. Establecimiento de la medicina tradicional china. Homero describe la medicina como “el arte noble” en la Ilíada. Caraka vive en la India durante el primer milenio a.C. Siddhartha Gautama Buda es contemporáneo y predica su doctrina de paz.

El Ebers Papyrus clasifica el uso de las plantas medicinales en Egipto. Las leyes de Hammurabi describen las primeras prácticas de cirugía en Mesopotamia. Los primeros textos sobre cirugía Papyrus de Egipto (Edwin Smith). La civilización china. La fundación de Roma en el 753a.C.

300-100 a.C. La escuela de Alejandría marca el desarrollo de la educación médica. La llegada a Roma de los médicos griegos. El Huangdi Neijing escrito en China. El Yoga Sutra de Patanjali escrito en la India. Zhang Zhongjijing. El comercio de medicinas y hierbas entre Oriente y Occidente vía rutas de las especias. Roma en guerra con Aníbal y Cartago. La derrota de Aníbal en Zama (202). Los romanos destruyen Cartago (146).

326. El emperador romano Constantino el Grande traslada la capital del Imperio Romano a Bizancio, a la que cambia el nombre por el de Constantinopla. El Traslado del centro político y cultural da lugar a un nuevo auge de la medicina.

Después de 350. El médico griego Oríbasio (h. 325-400) resume los conocimientos médicos de su tiempo en un total de 70 libros (sinopsis). El compilador más importante de los conocimientos médicos antiguos en Constantinopla no se deja influir en su obra por las prácticas mágicas, que en esos tiempos están teniendo una gran acogida.

370. El ermitaño Basilio el Grande (h. 330-379) funda un hospital cerca de la ciudad de Cesarea en Capadocia (hoy: Kayseri, este de Anatolia).

380. Con el reconocimiento del cristianismo como religión oficial por el emperador romano Teodosio el Grande (347-395), se inicia la decadencia de los templos dedicados a los dioses.

Finales del siglo IV A lo largo de las rutas de peregrinación se crean "Albergues para extranjeros" (xenodoquias).

300d.C.-500. Testimonios que demuestran la evidencia de la práctica médica en la cultura maya de Centroamérica. Oribasius reúne las obras de Galeno en su Synopsis. Los primeros textos de Caraka Sambita y Susruta Sambita. Oribasius de Bizancio (325-403). Galeno se

convierte en cirujano de gladiadores (158). El auge de la civilización maya en Centroamérica. Copan se convierte en la "Atenas de Centroamérica" (Silvanus Morley) la medicina se trasmite de padres a hijos. Los godos saquean Roma. Los anglosajones conquistan Gran Bretaña.

## El médico se llama Galeno.

**Claudio Galeno** (ca. 130 – ca. 200d.C.) se constituyó en el más grande representante de la medicina en los tiempos de los césares y en último gran biólogo de la Antigüedad. Sin embargo, esta máxima figura del saber era un griego oriundo de Pérgamo, en el Asia Menor. Por su formación como médico y por su manera de enfocar los problemas biológicos, pertenecía a la escuela alejandrina, de la que él y el astrónomo Claudio Ptolomeo son, en el siglo II de nuestra era, los últimos ilustres representantes. Galeno creó la síntesis final de los conocimientos médicos de los griegos, tratando de edificar esta ciencia sobre bases anatómo-fisiológicas. En ese sentido su orientación difiere de la de Hipócrates; si para el maestro de Cos la medicina era un arte donde la intuición personal juega un papel importante, para el tratadista de Pérgamo se trataba de una ciencia que debía seguir cánones rigurosos y, en algunos casos, dictatoriales.

Hijo de un arquitecto, Galeno estudiaba en su ciudad filosofía, cuando, en virtud de un sueño, su padre decidió que se inclinara por la medicina. Viajo por distintas ciudades en busca de maestros y eligió finalmente Alejandría como meta de su excursión científica. Mas Alejandría ya no era en centro de antaño; el joven Galeno sólo pudo estudiar anatomía ósea sobre el esqueleto humano, pero no las partes blandas, pues se hacían disecciones de cadáveres, sino sólo de cerdos y monos. Esta circunstancia debía entrañar importantes consecuencias puesto que el error

básico de Galeno fue considerar que los órganos humanos eran análogos a los de los animales que él había disecado. Luego de varios años Galeno regreso a Pérgamo, donde fue designado medico de los gladiadores de la ciudad. Ya con una cierta forma se dirigió a Roma, aunque luego de un tiempo decidió abandonar la ciudad. Poco después fue llamado por el emperador Marco Aurelio. Gracias a sus afortunados tratamientos, Galeno se convirtió en el medico de los césares. Desde esa posición de privilegio ejerció una aguda crítica contra quien se opusiese a sus ideas; no tuvo límites al apreciar su propia importancia. Al suponer que había llegado a aclarar todos los problemas que presentaba la salud humana, describió un sistema medico aparentemente sin fisuras, que era capaz de responder a todos los interrogantes que se le plantearan.

Empecemos con la idea central de la fisiología de Galeno. El principio básico de la vida es un fluido o espíritu ("pneuma"). Este pneuma se manifiesta bajo tres formas: como espíritu o pneuma natural, que tiene su asiento en el hígado y que preside la formación de la sangre y las funciones metabólicas; el pneuma vital, asentado en el corazón y que dirige el movimiento sanguíneo y el calor del cuerpo, y el pneuma psíquico, que se encuentra en el cerebro y es la base del intelecto humano. ¿Cómo concebía Galeno la transformación del pneuma único en tres fluidos y sus funciones reguladoras? En el hígado, dice el médico de Pérgamo, el aliento que llega a través de la vena porta se transforma en sangre y se impregna de pneuma natural.

Así llega a la aurícula derecha, donde actúa sobre ella el calor intrínseco del corazón, y a través de las venas se distribuye en el resto del cuerpo, lidiándose de impurezas que son exhaladas por el pulmón. Una parte de esa sangre pasa al pulmón, mientras que otra porción atraviesa una cantidad de poros invisibles en el tabique interventricular para ingresar al ventrículo izquierdo. Allí se mezcla

con el aire que, proviene de los pulmones, llega por la vena pulmonar y que contiene el espíritu vital; esta sangre llega a todo el organismo merced al sistema arterial. El caudal de sangre arterial que llega al cerebro es impregnado por el pneuma psíquico y se canaliza a través de los nervios que son huecos. El resto de sangre enviada a la periferia era consumida en su totalidad por los tejidos del cuerpo.

Adepto al sistema filosófico de Aristóteles, Galeno sostenía que cada cosa en la naturaleza tenía una causa final; aplicando este razonamiento a la medicina le cabía suponer que cada órgano poseía una razón de ser, pues la naturaleza no hace nada en vano. Defendió también la teoría de los cuatro humores hipocráticos y a base del predominio de cada uno de ellos describió los cuatro temperamentos humanos: sanguíneo, colérico, flemático y melancólico.

Un principio fundamental en su concepción de la génesis de las enfermedades era que cada disturbio funcional iba acompañado de una lesión orgánica. Aceptado esto, las causas que llevaran a un estado patológico podrían ser variadas: alteración en el equilibrio de los humores o mal funcionamiento de algún órgano.

**El poder curativo de la naturaleza** es para Galeno como para los hipocráticos la clave del tratamiento. La higiene y la dietética son entonces ampliamente tratadas, lo mismo que la terapéutica medicamentosa.

Se explica así que haya sido Galeno y no Hipócrates el guía del médico medieval, caracterizando a todos un tipo de medicina. Frente a la reflexiva y dubitativa actitud de los de la escuela de Cos, se irguió la infalible dictadura del pergaminense, dictadura que continuó hasta que Paracelso, Vesalio y Harvey lograron conmovier el sólido edificio de su teoría.

Sin embargo, sería injusto alegar que todas sus ideas fueron equivocadas. Es evidente el

esfuerzo realizado por Galeno para sistematizar el saber médico de su época, y, no conociendo las funciones de la respiración y la circulación, trato de vincularlas mediante su doctrina de *pneuma*. Fue el primero, en la historia de la medicina, en reconocer que la respiración no solo añade algunas sustancias al organismo, sino también lo depura de otras. Su “fluido vital” sería comparable al moderno oxígeno y su “calor fuliginoso” sería el equivalente del anhídrido carbónico.

Galeno no solo fue el mayor experimentador en el campo biológico y médico de la Antigüedad, sino que resultó, además, el último de los grandes griegos, por su nacimiento, por su formación alejandrina y por el idioma en que escribió sus obras. Cuando su voz se apagó, se había acallado la voz del mundo antiguo. Unos pocos seguidores son dignos de alguna mención: Oribasios De Pérgamo (ca. 325 – comienzo del siglo V), médico de Juliano el Apóstata; Alejandro De Trales (ca. 525 - 605), famoso tratadista bizantino, y Pablo De Egina (fl. Primera mitad del siglo VII), también nacido en Bizancio, quien residía en Alejandría en el 640, cuando irrumpieron en ella los árabes. Una de sus últimas obras fue *De Moratus*, donde señala los principios de la conducta médica y señala varias reglas de ética y moral.

#### LA ÉTICA MÉDICA A TRAVÉS DE LA HISTORIA

La filosofía natural y el compromiso de una nueva ética médica ilustrada. Tras un salto de casi dos siglos, pues el fin de este estudio no es presentar un relato continuo de la historia de la ética médica, sino destacar algunas de sus etapas más importantes, examinaremos las aportaciones de los médicos de la escuela escocesa durante los últimos años del siglo XVIII. Tres son los principales autores pertenecientes a esta tradición: John Gregory, Benjamín Rush y Thomas Percival. Ellos y buena parte de sus compañeros egresados de la pujante Facultad de Medicina de Edimburgo pugnaban por la adquisición de un conocimiento médico

sistemático y práctico, basado en la clínica, la observación y el experimento, con Bacon como modelo primordial y Boerhaave como referente para la integración de una clínica cercana al enfermo, pero capaz de buscar las analogías que pudieran acuñarse en aforismos y constituir un sistema de saber clínico. Paralelamente fueron planteando los requisitos que debería satisfacer a quien poseyera un carácter médico ideal.

El primero de los tratados de ética médica escritos en esa época es el de John Gregory (1724-1773), **Lectures on the Duties and Qualification of a Physician**, publicado un año antes de su muerte. El título expresa el espíritu de la obra: el cumplimiento de los deberes permite ser calificado como un buen médico, pero es claro que hay deberes que le son propios. El principio moral de este planteamiento, nuevo para su época, es tomado del pensamiento de David Hume a través de la teorización que hace de la relación entre intelecto y afecto para establecer la forma en que la razón debe gobernar y dirigir a las pasiones. El segundo fue el Dr. Thomas Percival quien escribió en 1803 su famoso libro “*Medical Ethics*” que es la base de la ética médica de la AMA (American Medical Association) y del reglamento de ética del Colegio Médico de Honduras. Para construir la imagen del médico ideal, Rush llevó a Filadelfia una figura idealizada de Hipócrates. El fue “suave en su apariencia y digno en su porte, con cabellos grises flotando libremente sobre sus hombros”. Hizo a Hipócrates científico de acuerdo con el modelo experimental e inductivo que predicaban Bacon y los miembros de la escuela de Edimburgo, pero también lo hizo el “más temprano y prominente ejemplo de un médico simpatético”. Hipócrates, que salvó a su patria de la plaga y tuvo el único defecto de no ser cristiano, encarnó no obstante todas las virtudes que debería poseer el médico y quedó fuera de su contexto histórico para convertirse en el ideal de la medicina occidental posterior al siglo XIX.

## Bibliografía

- Ackerknecht, E. H.: A Short History of Medicine. Nueva York, Ronald Press Co., 1955.
- Bender, A. G.: Historia de la medicina. Publicación Médica de Parke, Davis y Compañía. Vol. 59. Nº 5. pp. 133-138, 1966.
- Fernández del Castillo, F Historia de la Medicina .México. 1970.
- Guthrie, D.: Historia de la Medicina.1964.
- Hayward, J. A.: Historia de la Medicina Fondo de Cultura Económica. 1ª. Ed. México, 1956
- Lain Entralgo, P: Historia de la Medicina Moderna y Contemporánea. 1971.
- Major, R. H.: A History of Medicine. Ed. Ch. C. Thomas, Springfield, 1945.
- Rosemberg, Nancy y Lawrence: Historia de la Medicina Moderna. Editorial Diana. 1968.
- Salazar Mallen, Mario Historia de la Medicina. Librería de Medicina, Editor México D.F. 1954.
- Salazar Mallen, Mario Historia de la Medicina. Librería de Medicina, Editor México D.F. 1954.
- Laín Entralgo, Pedro, "La medicina hipocrática", Revista de Occidente, Madrid, 1970.
- Pérez Tamayo, Ruy, "Ética médica laica", El Colegio Nacional y Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
- Diódoro, Sículo, "Roman History", Harvard University Press, Heinemann, Londres, 1969.
- Jorge Enríquez, Enrique, "Retrato del perfecto médico", citado en casa de Ioan y Andrés Renaut, Salamanca, 1595.
- Reid, T. y K. Haakonssen (dirs.), "Practical Ethics", Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1990.
- Percival, T., "Medical Ethics", J. Johnson, Manchester, 1803.



Nuestros niños son el tesoro de la Hélade. Cuidemos su salud. Hipócrates. Isla de Cos.



# HONDURAS PEDIATRICA

PUBLICACIÓN CIENTÍFICA DE LA ASOCIACIÓN PEDIÁTRICA HONDUREÑA  
TEGUCIGALPA M.D.C., HONDURAS C.A.

Tel./Fax: (504) 2239-0484  
E-mail: [aspehon@yahoo.com](mailto:aspehon@yahoo.com)  
[aspehon@hotmail.com](mailto:aspehon@hotmail.com)  
Apartado Postal 3212  
Tegucigalpa, M.D.C. Honduras, C.A.  
Indexada  
[www.bvs.hn](http://www.bvs.hn)  
[www.pediatricahonduras.org](http://www.pediatricahonduras.org)